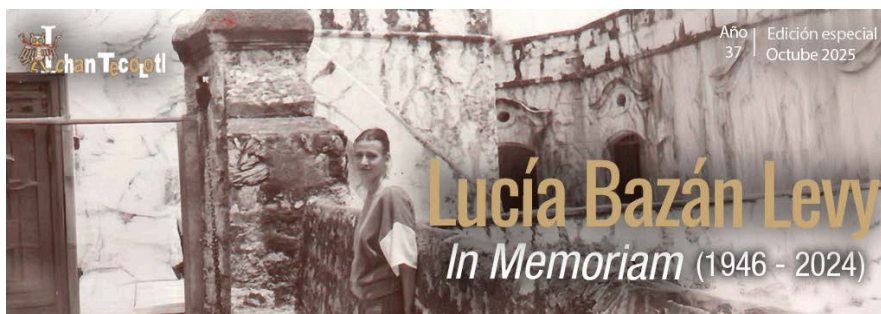




Lucía Bazán Levy



Presentación



Cada persona deja una huella en los ámbitos que conforman su vida: su familia, su trabajo, sus amigos. Lucía Bazán, que fue una de las investigadoras que laboraron en CIESAS desde su fundación como CIS-INAH, dejó una profunda huella entre quienes compartimos con ella el trabajo de investigación y presenciamos su labor en la gestión institucional. La huella fue aún más profunda entre quienes tuvimos el privilegio de compartir además la vida familiar y la amistad.

Lucía no fue investigadora de una sola faceta aunque sí de un solo propósito. Como los textos reunidos en este número lo muestran abordó una diversidad de temas de investigación con el objetivo de mejorar la vida de las personas con las que trabajaba. Daba igual si se trataba de obreros desempleados, de fabricantes de calzado o pequeños ahorradores. Como ella lo comentó en diversas ocasiones, si su trabajo cambiaba la vida de una persona había valido la pena.

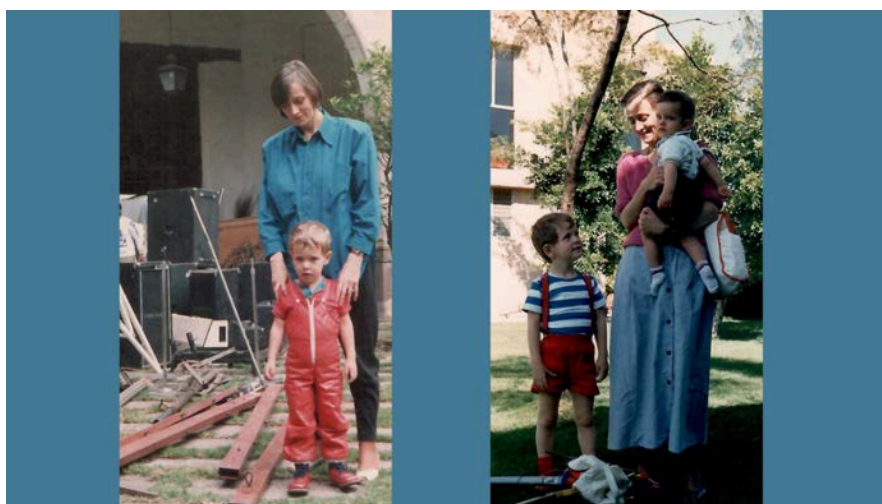
Las colaboraciones de este número muestran distintos momentos de su trayectoria desde el primer trabajo de campo que desarrolló junto con Patricia Arias, la experiencia de quienes se formaron bajo su tutela, las investigaciones colectivas que dirigió y su gestión institucional. Las contribuciones de sus hijos ilustran de manera muy elocuente y conmovedora la manera como conjuntó su vida familiar y su quehacer como antropóloga.

Margarita Estrada Iguíniz
CIESAS Ciudad de México

Esa sería una lindísima investigación

Santiago Ruiz Velasco Bazán^{III}

Escritor



Derecha: Santiago y Lucía. Izquierda: Santiago y Esteban con Lucía.

Foto: Víctor Ruiz Velasco.

Mi madre era antropóloga. Lo fue por accidente, pero de cuerpo completo, y de tiempo completo. Hay una entrevista muy bonita que le hicieron los del Laboratorio Audiovisual para los 40 años del CIESAS, donde cuenta cómo llegó a estudiar antropología: fue una decisión administrativa de alguien más. Yo estaba, fuera de cuadro, mientras la entrevistaban, y me sorprendió enterarme, como les sorprende a todos los niños enterarse de que sus padres tenían vidas antes de su nacimiento. Yo ya no era un niño, ni mucho menos, pero nunca se me había cruzado por la cabeza que mi mamá pudiera ser otra cosa que antropóloga. “Yo ni sabía que existía eso”, me dijo más tarde (palabras más palabras menos), “fue donde me dieron la beca”. Quien haya tomado esa decisión, le dio un enorme regalo.

Ahora, con muchas pláticas más en el camino, con un poco más de madurez en mi cabeza, y con la entrevista recién vuelta a ver, lo entiendo como un paso más que dio mi mamá en el camino de alejarse de su casa materna (donde tenía como destino ser monja), y, sobre todo, de construir su propia casa. La antropología, y el CIESAS, fueron esa casa. Y la casa que hizo, a unas cuerdas, con mi papá, donde crecimos mi hermano y yo. Para mí era natural que fuera

antropóloga, parte del mundo que me recibió. Para ella fue crear un mundo nuevo. Eso nunca lo tuve claro hasta muy recientemente. Y sospecho que, en parte al menos, por eso nunca se jubiló. La familia era una parte de la vida que se había construido, la otra parte era el CIESAS. No iba a dejar la mitad de su vida, ni a sus amigos, estudiantes, colegas, ni el estímulo intelectual constante y a veces furioso que tenía allí. Mucho menos cuando estaba en riesgo, o así lo percibía ella, frente a las políticas de austeridad y de centralización de la investigación del sexenio pasado. No es este el lugar para abundar en ello, ni me toca a mí, sino a la dirección del centro, pero sí puedo contar la angustia que sufrió tras la desaparición del fideicomiso, y tras la salida, por la forma en la que se dio, de Fernando Salmerón de la dirección general, durante la pandemia y haciendo todo a distancia, su preocupación porque no iban a tener becas suficientes, y porque no se iba a poder hacer trabajo de campo en forma sin viáticos. Cuando hablaba de su jubilación, mi mamá decía que quería dedicarse a su jardín. En cambio se quedó a cuidar su casa. También quería escribir. Mi hermano le regaló un cuaderno, y sólo alcanzó a usar la primera página, que es lindísima y privada. De ese tamaño fueron las energías que le dedicó al CIESAS.

Durante el primer invierno de la pandemia, entre 2020 y 2021, mi padre hizo un plan para visitar haciendas y conventos en el estado de Morelos, con todos los cuidados del momento. Entre los lugares del programa estaba Yecapixtla, cuya iglesia estaba cerrada ya no recuerdo si por la pandemia o por daños del terremoto de 2017 que no se habían arreglado. Ya estando allí, mi mamá propuso: “¿vamos a Tetela?” Tetela del Volcán fue el pueblo donde mi mamá hizo su primer trabajo de campo, con Patricia Arias y *el flaco* Varela. Después ellos tuvieron una hija, Paula, y en otro trabajo de campo mi mamá la cuidó gran parte del tiempo. Formaron tan buena relación que ella llegó al velorio. Yo no la conocía (o no la reconocí), pero había escuchado muchas historias suyas y la ubicaba perfectamente. Se habían mantenido en contacto durante todo este tiempo. Era parte del lado CIESAS de la vida de mi madre. En Tetela, en nuestro viaje, mi mamá nos guió hasta la casa donde había vivido, nos contó la historia de sus dueños, las circunstancias en las que se habían alojado, los nombres —40 años después— de los vecinos, a dónde iba a comprar tortillas... No quiso tocar la puerta, y, por la pandemia, no la animamos. Estuvimos un rato largo frente a la casa, platicando entre nosotros, y luego volvimos. También le sorprendió lo mucho que había crecido el pueblo, y concluyó que no podía seguir siendo un pueblo eminentemente campesino: “¿A qué se dedicará ahora toda esta gente? Esa sería una lindísima investigación.”

Esa vena antropológica, esa curiosidad por los otros, esas ganas de entender el mundo, la tenía mi mamá activada siempre y desde siempre. Yo creo que desde antes de estudiar antropología, y por eso le calzó tan bien. Una vez se nos ponchó una llanta regresando de visitar a la familia en Colima y en Guadalajara, y salimos de la carretera a repararla en el pueblo

de Coeneo, Michoacán. Era domingo y la vulcanizadora estaba cerrada. Yo tendría 12 años y mi hermano 9. No sé si fue la primera vez, es la que me viene a la mente ahora, que noté su agudeza y su capacidad de observación. Mi papá se fue con un señor a buscar quién arreglara la llanta, y nosotros tres nos quedamos en el centro del pueblo, en unas gradas junto a una cancha de básquetbol, comiendo guasanas. Con poquito que habló con la señora que las vendía, mi mamá ya había aprendido que las pickups que circulaban alrededor de la plaza eran de migrantes que habían venido a pasar las fiestas, y que la mayoría de ellas eran rentadas, porque sentían la obligación de ostentar una mejor vida en el otro lado. Eso fue lo que me impresionó en el momento. Lo que me impresiona ahora es que no se quedó allí, se puso a calcular cuánto de sus ingresos se iría en rentar un camionetón por una semana, siendo que no lo podían comprar, cuántos meses estarían endeudados, la importancia que debía tener el regreso triunfal a casa para que hicieran eso, etc. Después arreglaron la llanta y nos fuimos, sólo era un ejercicio. Casi diríase para pasar el tiempo. Así pasaba el tiempo mi mamá: haciendo antropología. A cada rato, fuera viendo las construcciones exóticas al lado de esa misma carretera a Guadalajara o platicando sobre literatura conmigo, decía “¡uy! ¡Esa sería una lindísima investigación!”. La antropología no era para ella “el trabajo”, algo que se hace para ganarse la vida. Era su profesión, pero no en el sentido cotidiano sino en el de profesar, religiosamente. Era su modo de estar y de entender el mundo: con los otros, aprendiendo de los otros y ayudando a los otros. Y rodeada de gente igual.

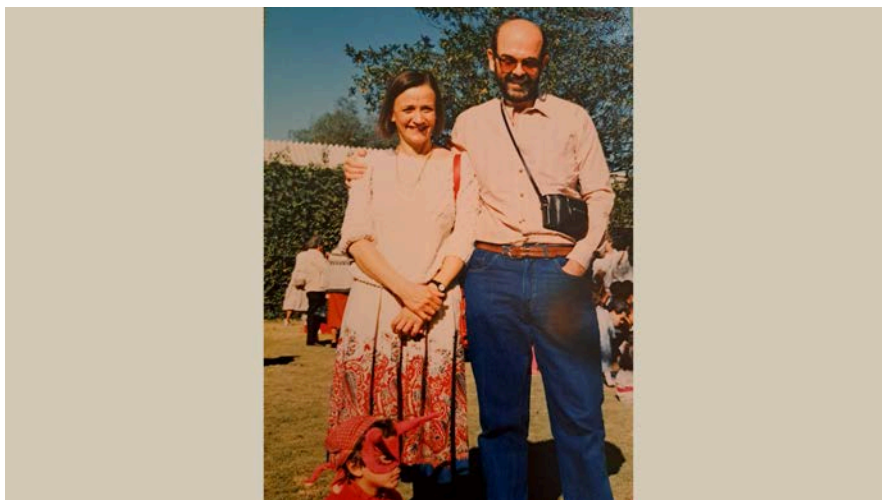
Crecimos entre antropólogos. Sobre todo antropólogas, y sus familias: Margarita Estrada, que nos invitó a escribir, Toña Gallart, Gloria Artís, Luis Aboites, María Eugenia Módena, Shoko Doode. Recuerdo, en la infancia, más amigas de mi mamá que de mi papá. Le pregunté, a él, por qué sería eso, y me dijo “bueno, pues es que estaban a tres cuadras”, pero no sólo era eso. Viajamos con ellos, pasamos muchísimas tardes juntos. Había una comunidad que no se explica solo por la cercanía del lugar de trabajo. Somos, mi hermano y yo, amigos de sus hijos, nos hacemos favores, conocemos a sus propios hijos. Fueron, siguen siendo, amistades profundísimas que resistieron mudanzas, peleas, cambios de institución, divorcios, parejas nuevas —o a la misma pareja durante tantísimos años—. Eso nos formó, a mi hermano y a mí. Eso le dieron la antropología y el CIESAS a mi mamá, y nos lo dieron a nosotros también, y no tengo ninguna duda de que mi hermano estará de acuerdo en que estamos agradecidísimos por ello, no sólo por la amistad y el cariño sino por todo lo que hemos aprendido de ustedes. (Después vinieron otros grandes amigos de mi madre, Gonzalo Saraví, Rafael Loyola, Fernando Salmerón y Alejandra Meyenberg se me vienen a la mente. Pero, con la pena, llegaron después de mi infancia).

En probable desorden cronológico, mi mamá hizo trabajo de campo en Tetela del Volcán, en León, Guanajuato, en CIVAC en Jiutepec, Morelos —y ahí hay un seguimiento importante que alguien debería hacer, ahora que acaba de cerrar la planta de Nissan, y que además se conecta con el siguiente elemento de la lista—, con los desempleados tras el cierre de la refinería de Azcapotzalco, en la ciudad de México, y en San Mateo Atenco, Estado de México, a menos que se me esté olvidando alguno. En los últimos dos ya habíamos nacido nosotros, y seguramente fuimos un factor para que escogiera lugares a los que se podía ir y venir en un solo día. Después empezó a tomar roles administrativos, aunque también, sin estar en campo, hizo y coordinó investigaciones vastas sobre microfinanzas (es decir, cómo la gente se las arregla día a día, y cómo podría ser mejor) y de evaluación de programas del gobierno (recuerdo, porque le ayudé en algún momento, una sobre los efectos de las becas de posgrado en las vidas de los estudiantes, por ejemplo). Para entonces mi mamá ya no sólo era antropóloga sino también mamá, y también lo fue de cuerpo completo. No quiero aquí, y no habría espacio, evocar la vida familiar. Sé que muchos de los lectores de estas palabras serán sus amigos, y quizá alguno tenga curiosidad, pero no es el objetivo (con gusto lo platicamos en persona). Sólo diré que mi mamá nunca fue de cambiar según el contexto, y en casa fue exactamente igual que como ustedes la conocieron: sumamente inteligente, aguda, divertida, directa hasta lo impertinente —su pecho nunca fue bodega y se metió en varios problemas por eso, tanto aquí como allá; siempre dijo sus opiniones y casi siempre tuvo razón—, trabajadora, perfeccionista —nunca dejó una cosa hecha a medias, ni malhecha, y no aceptaba, no entendía, que los demás lo hicieran—, y ferozmente cariñosa y leal con los suyos. Mi papá estuvo siempre a su lado, durante casi cincuenta años y hasta los últimos momentos, y si no aparece en las fotografías que acompañan estos textos es por la sencilla razón de que él era el de la cámara.

Mi madre fue de esas personas raras (de niño yo pensaba que eso era lo normal, pero con el tiempo me he dado cuenta de que no tanto) a las que les gusta aprender y entender cosas nuevas por el puro placer del descubrimiento, aunque más, mucho más, si podía ver cómo ese conocimiento se podría poner al servicio de los demás, y no un “demás” en abstracto, categorizado a partir de una teoría, sino “esta persona que tengo enfrente, esta comunidad, este grupo social (y este CIESAS) tiene estos problemas que estoy viendo, ¿cómo le hago para que este entendimiento que tengo sirva para solucionarlos?”.

Nunca buscó un aplauso y creía que, si venía, tendría que ser espontáneo, por el trabajo hecho y no por la parafernalia a su alrededor. Publicó menos de lo que le hubiera convenido, y muy pronto se desinteresó del SNI, al que veía como una carrera por ver quién publica más y quién tiene más citas, que hace que el mismo artículo se publique hasta decenas de veces con cambios menores y que los profesores coaccionen a sus alumnos a citar sus investigaciones, entre otros vicios. Un sistema que hace rivales de gente que debería de trabajar junta, con

mejores resultados y que sean útiles no para los investigadores sino para la sociedad. Así quería mi madre al CIESAS, unido, colaborando, aprendiendo y gozando, y trabajando para los demás. ¿Cómo conseguirlo y consolidarlo? Esa sería, en sus palabras, una lindísima investigación.



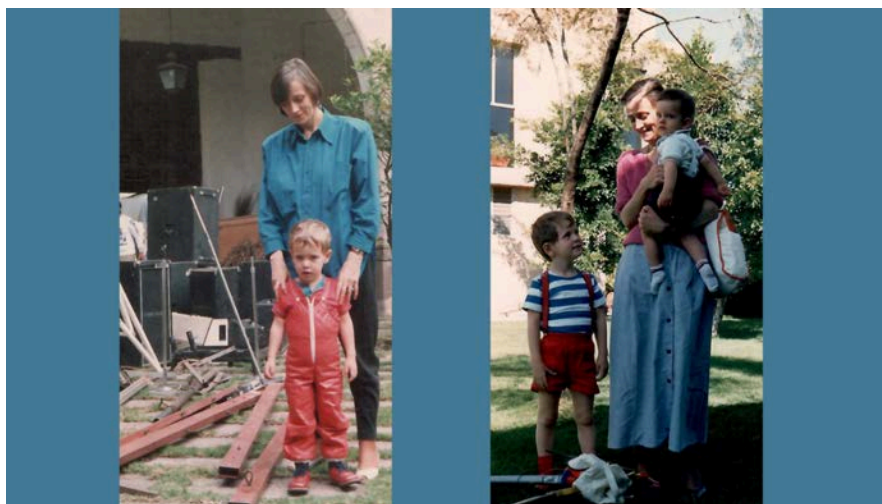
Lucía y Víctor. Foto: *Archivo familiar Ruiz Velasco-Bazán.*

1. Correo electrónico: santiago.ruizvelascobazan@egs.edu ↑

Mi madre y el CIESAS

Esteban Ruiz Velasco Bazán ^[1]

Músico



Derecha: Santiago y Lucía. Izquierda: Santiago y Esteban con Lucía.

Foto: Víctor Ruiz Velasco.

Resulta un ejercicio complicado escribir sobre mi madre de forma póstuma, hablando del pasado, de lo que ya no es. Casi igual de complicado es elegir un lugar, momento o recuerdo por dónde empezar, habiendo tantísimas experiencias de su vida —y la de la familia— que se entrelazaron con el CIESAS. Por lo mismo creo que será más sencillo ir de manera medianamente cronológica aunque sin atarme completamente a ello, como un reflejo de mi propio tren de pensamiento mientras traigo de vuelta a mi madre en el transcurso de unas páginas.

Desde que tengo memoria, mi mamá y el CIESAS eran partes inseparables de lo mismo. Nunca conocí una versión de ella que no estuviera ligada al centro, y hasta hace algunos meses, nunca conocí una versión del centro que no tuviera a mi mamá ahí. Tenía la enorme fortuna de que su trabajo estuviera a unas cuadas de la casa, y disfrutaba mucho el ir y venir a pie, paseando por el centro de Tlalpan. Recuerdo ir desde muy pequeño a visitarla en Juárez #87, cuando su trabajo todavía era de investigadora (siempre su parte favorita) y era vecina de cubículo de Margarita Estrada (a quien por cierto agradezco mucho la coordinación de este

número). Todavía no hacían su doctorado y cuando pregunté por qué sus placas decían “Mtra.” antes del nombre, me respondieron que era por “muy trabajadora, responsable y amable”. Mirando hacia atrás, creo que faltó una letra “c” en ese acrónimo: curiosa.

Mi mamá siempre estaba empapada de curiosidad por conocer sobre la vida y las rutinas de la gente que conocía. Veía el mundo con otros ojos que el resto de la familia, y podía convertir cualquier viaje en un pretexto para aprender algo, para acercarse a alguien, aunque fuera un momento fugaz. Recuerdo en un viaje a Michoacán que le preguntó a una vendedora de corundas si toda su familia se dedicaba al negocio, si había aprendido la receta de su madre (que a su vez lo había aprendido de la suya), si se despertaba temprano para cocinar o si cocinaban desde el día anterior, en fin. Como ese ejemplo hubo muchos, donde aprovechaba el tiempo mientras nos despachaban los marchantes, y tras esa breve plática se despedían con una sonrisa compartida. Mientras, yo podía ver en mi madre cómo se le iluminaban los ojos y giraban nuevos engranes en su mente.

Recuerdo haber ido a su examen de doctorado cuando yo todavía era un niño. No tengo muchos detalles claros, sólo visualizo un cuarto con mucha madera, varias filas de sillas con gente seria, y una mesa larga con gente aún más seria. Lo que sí me salta en la memoria es el final del examen. Después de lo que se sintió como demasiadas horas de tener que estar quieto al lado de mi hermano y mi papá, recuerdo un momento de mucho júbilo entre todos los presentes, muchos aplausos y por supuesto una sonrisota en la cara de mi madre. Recuerdo ir a abrazarla en la mesa del jurado (Margarita también estaba ahí, ¿quizás era un examen en conjunto?) y colarme en las fotos del final. Había una sensación de mucha cercanía entre los presentes, como si en lugar de un evento solemne estuviéramos en una especie de fiesta familiar. En retrospectiva, no me extraña recordarlo así, mi mamá tenía una segunda familia en el CIESAS.

Ella y su trabajo eran inseparables. Cuando era joven pasaba más tiempo en la oficina y saliendo a congresos, pero si estábamos en casa era casi una garantía que estaba en su estudio leyendo o trabajando en su computadora. Alternaba ratos de responder correos, jugar solitario, hacer pagos, revisar alguna publicación reciente o venidera, jugar *mahjong*, y leer trabajos de tesis, todo mientras escuchaba radio de música clásica o cantaba con Sabina o Serrat (a veces más afinado, a veces menos). De niño no entendía por qué le dedicaba tanto tiempo a pensar en otras personas, muchas veces desconocidas, pudiendo ver la tele o mejor aún, jugar a las escondidillas conmigo y mi hermano.

El primer momento donde internalicé la magnitud del tema que tanto la absorbía —y el por qué del centro— fue un verano en el que pude trabajar en la Biblioteca de Casa Chata como ayudante de Yadira Lazcano. Fue mi primer trabajo, y durante mes y medio me tocó revisar

inventarios, mover cosas de aquí para allá, y sobre todo aprender a descifrar el sistema Dewey para poder catalogar, guardar y encontrar los libros que los investigadores fueran necesitando. Fue un trabajo más polvoroso de lo que esperaba, y por supuesto había mucho qué hacer, pero también había tiempos muertos de vez en cuando. A veces los usaba para jugar solitario en la computadora (también en eso había que hacer honor al apellido de mi madre), y a veces me ponía a explorar los anaqueles. Me resultaba impresionante la granularidad con la que los temas se dividían en subtemas, y aquellos se ramificaban de nuevo, una y otra vez. Pasa con todas las disciplinas, y hasta el hobby más inocuo puede convertirse en un pozo sin fondo —lo sé de primera mano—, pero me dio gusto conocer el pozo que mi mamá decidió abrir y explorar.

Hubo una época en particular, mientras yo estudiaba la carrera, en que después de comer, ambos nos subíamos a tomar una siesta viendo la tele, tras lo cual, si tenía tiempo, la acompañaba en su estudio un rato. Me divertía mucho escucharla despotricar cuando le tocaba revisar una tesis. Tenía un ojo fino y una mano feroz: que si la oración no tiene sentido, que si el párrafo está incompleto, que si la fuente no está bien, que si esto ya lo dijo, que si aquello no, pero vaya que hace falta. Se apasionaba tanto que uno sólo podía sentir empatía por aquel pobre estudiante. Mientras leía y se agarraba la frente con desesperación, era difícil saber si iba a reír o gritar, aunque en general era lo primero. Aún así, nunca la escuche siendo cruel con alguno de los revisados, sino que siempre les señalaba por dónde podían mejorar, aún si era dura al hacerlo.

Es curioso que nunca se haya dedicado a la docencia (siempre dijo que no era lo suyo), porque tenía muy clara esa veta de enseñanza, y le parecía importante —o, mejor dicho, trascendente— preparar lo mejor posible a las siguientes generaciones. Tras muchos años como investigadora por eso fue que aceptó el puesto de coordinadora de posgrado. Para la familia eso no significó un cambio tan grande: seguíamos comiendo juntos, seguía tomando siestas y trabajando toda la tarde en casa, y seguía despotricando por los problemas que tenía que resolver. Pero para ella sí que cambiaron muchas cosas. Su foco dejó de ser su propio trabajo y sus búsquedas personales, y aunque no lo dejó por completo, nunca volvió a tenerlo como única meta. No puedo sino preguntarme qué hubiera hecho si se quedaba en la investigación, cuál otro pozo hubiera abierto.

Durante esos años en que era coordinadora (y luego directora regional) me tocó colaborar en algunas ocasiones en proyectos de revisión de bases de datos y encuestas de becarios, en general aprovechando de nuevo los tiempos flexibles de las vacaciones de verano. Esta vez fue

un trabajo mucho menos solitario que el de Casa Chata, y junto con varios amigos trabajábamos en equipos pequeños que en distintas ocasiones lideraron Tere Wong, Claudia Suárez, Armando Alcántara y Toña Gallart —amiga entrañable de mi madre y de la familia—.

Eran trabajos como quien dice talacheros, en donde el CIESAS estaba encargado de emitir algún dictamen o comunicado sobre proyectos federales muy grandes, y necesitaban de gente que digitalizara documentos, o hiciera un primer filtro sobre diversos campos de las enormes bases de datos, para que los investigadores tuvieran a mano información útil sobre la cual sacar conclusiones. Aún así, de vez en vez teníamos momentos en donde esas conclusiones se asomaban desde que el material pasaba por nuestras manos y era realmente muy interesante ver patrones generales en distintos tipos de poblaciones. Más interesante aún era leer algún detalle que dejaba entrever una verdad personal de quienes llenaban las encuestas, como una probadita de la sensación que mi mamá sintió al platicar con la vendedora de corundas. Aunque nunca consideré estudiar antropología en serio, me gustaba que estos momentos me acercaran a mi mamá y a su comunidad, aunque fuera brevemente.

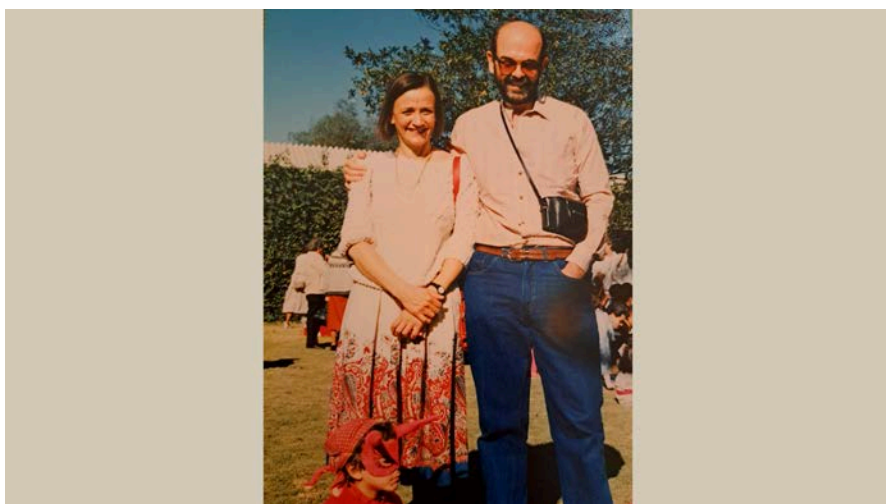
Para cuando aceptó el puesto de Directora Académica del CIESAS, yo ya me había ido a vivir solo, y algo que ambos extrañábamos eran esas tardes de rutina en donde ella trabajaba en su estudio y yo practicaba piano, y en más de una ocasión quedamos en que alguna vez se vendría toda la tarde a replicar esa rutina (más fácil moverse ella que llevarme yo el piano). Entre la pandemia, sus enfermedades en los últimos años, y la enorme carga de trabajo como directora, es algo que nunca pudimos concretar. Ese puesto la absorbió más que nunca, y se lo tomó con la misma seriedad —o más— que cualquier investigación o revisión de tesis, aunque ahora desatinaba por razones más burocráticas que antes.

Algo que nunca entendí bien y en ocasiones hasta le reproché, es que aceptó el puesto justo cuando supuestamente pensaba jubilarse. Ella y mi papá habían hablado muchas veces de retirarse para viajar juntos, pero cuando él había hecho lo propio, Fernando Salmerón le ofreció el puesto a mi mamá, y dada una vida de colaboración y amistad, decidió entrarle al ruedo. Incluso tras su salida como Director, guiada por su compromiso con la institución, mi mamá se mantuvo en el cargo hasta que las aguas se calmaran, y cuando eso finalmente pasó y Carlos Macías asumió el cargo, decía cosas como “bueno, mejor me espero al fin de año”, “no puedo irme en medio de tal proyecto”, “urge entregar X o Y a CONACYT”, “mejor cuando sea el cambio de sexenio”. Supongo que así como no nos hubiera dejado a nosotros, en el fondo no quería dejar esa segunda familia, sabiendo que todavía podía hacer algo por ella. Y estuvo trabajando hasta el último día que su cuerpo se lo permitió.

Cuando le rindieron un homenaje póstumo en CIESAS hace unos meses, me llamó la atención que en más de una ocasión los participantes dijeron que la forma de ser de mi madre le había ganado más de un enemigo. Comentaban que nunca se callaba las cosas, ni en su rol de investigadora ni en sus varios roles administrativos. Además, su tenacidad —y terquedad— la hacía empujar temas potencialmente incómodos. Visto así, no es de extrañar que haya hecho algunos enemigos, ¡y qué bueno que no hizo más!

Todas estas actitudes frente al trabajo son cosas que heredé sin darme cuenta, a lo largo de esos veranos de talacha, esas tardes de tesis con Serrat, muchas pláticas nocturnas con una copa de vino, y son cosas que justo puse a prueba varias veces durante los últimos años dando clases de licenciatura. Despotiqué igualito que ella al leer trabajos mal hechos, me confronté con directivos y colegas si algo no estaba funcionando, tuve que ser duro con varios alumnos que escribían con las patas o no se daban cuenta de dónde estaban. Fue algo que hice sin pensarlo dos veces y me consta que así como mi madre, me gané algunos enemigos. Aún así, lo haría de nuevo (aunque una segunda pensada de vez en vez no vendría mal), casi por el puro gusto de sentir su presencia en mi forma de ser.

Voy a extrañarla mucho. Así como al inicio del texto, me cuesta escribir esto. Siento que al redactar estas palabras estoy cerrando un capítulo de mi vida, del cual no me quiero despedir, otra vez. De los pozos que abrió mi madre brotaron borbotones de aprendizajes. Para el CIESAS y la comunidad académica, se configuran en forma de textos que sólo puedo esperar que sigan siendo útiles y vigentes por muchos años más. Para mí, aunque vivan sólo en mi memoria, son aprendizajes que me forman como ser humano, por lo cual le estaré infinitamente agradecido.



Lucía y Víctor. Foto: *Archivo familiar Ruiz Velasco-Bazán.*

1. estebanrv@gmail.com [↑](#)

Lucía Bazán y los estudios cualitativos para la evaluación de políticas públicas

Ma. Antonieta Gallart^{III}

Probepi-CIESAS Ciudad de México



Lucía Bazán. Archivo CIESAS.

Conocí a Lucía Bazán cuando ambas estudiábamos Antropología Social en la Universidad Iberoamericana, al inicio de la década de los años setenta del siglo pasado. Luego coincidimos como fundadoras del CIS-INAH en 1973 y posteriormente del SUTCIESAS en 1981. Yo me fui del CIESAS en 1982 para incursionar en otros ámbitos profesionales en instituciones gubernamentales, con la inquietud de operar programas públicos dirigidos a comunidades indígenas y campesinas; y, ya con cierta experiencia, diseñarlos y evaluarlos.

En esos más de cincuenta años, y no siempre con la frecuencia deseada en los años que no coincidimos en el CIESAS, Lucía y yo nunca dejamos de vernos. Compartimos un grupo de entrañables amigas, con las que pasábamos ratos memorables, las fiestas de cumpleaños cuando nuestros hijos eran pequeños, más o menos de las mismas edades, fechas especiales cuando los hijos crecieron y tantos intereses comunes, como la lectura de buenas novelas. Platicábamos de todo y nos divertíamos mucho, su sentido del humor era excepcional.

Compartíamos preocupaciones también, especialmente cuando enfermó, y poco después falleció, nuestra amiga Shoko, quien vivía en Hermosillo, y fuimos a verla juntas. O a pasar buenos ratos en Mérida cuando nuestra querida amiga Gloria se fue a vivir allá.

Como académica, Lucía abordó, en esas más de cinco décadas, muchos temas de investigación relevantes sobre familia y pobreza, casi siempre en entornos urbanos, cuyos aportes no podría exponer yo, pero seguro lo harán colegas con intereses afines y experiencia en esas temáticas y que convivieron con ella en CIESAS. Asimismo, Lucía contribuyó con su institución en cargos de conducción docente y de investigación, y estuvo dispuesta también a servir a la comunidad del CIESAS, por largos años, como directora de la Unidad Regional de la Ciudad de México, de febrero de 2012 al final de septiembre de 2015, y como titular de la Dirección Académica, función que desempeñó desde agosto de 2019 hasta su fallecimiento.

En la larga historia de Lucía en el CIESAS es difícil elegir un solo evento significativo. Sin embargo, por afinidad con la tarea, en este breve texto quiero poner atención en un aspecto poco referido de los intereses profesionales de Lucía Bazán, *la evaluación de políticas públicas*, y en particular la evaluación de proyectos.

A finales de 2009 Virginia García, muy querida amiga y entonces directora general del CIESAS, propuso integrarme a un proyecto, bajo la coordinación de Lucía Bazán, para llevar a cabo el diseño de una evaluación, vinculada al Programa Oportunidades, para la revisión y ajuste de requisitos del Programa, en contextos semi-urbanos. Consideraba que mi experiencia rural y en programas de combate a la pobreza complementaba la muy extensa experiencia en contextos urbanos de Lucía para esta evaluación. El estudio se diseñó, pero no pudo ejecutarse al final, ya que el Banco Interamericano de Desarrollo, BID, institución que lo financiaría, no contó finalmente con los recursos para ello.

Desde ese momento, tuve la oportunidad de participar en el CIESAS en proyectos específicos, investigaciones y estudios de campo para la identificación y caracterización de comunidades indígenas, de manifestaciones culturales comunitarias y en evaluaciones de políticas y acciones públicas en materia indígena y rural.

Después de la experiencia de diseñar, pero no poder ejecutar la evaluación referida, en 2010, Lucía y yo pudimos trabajar juntas en un estudio cualitativo, financiado por el Banco Mundial, para evaluar el *Programa de Comunicación Indígena, PCI*. El PCI era una estrategia comunicativa diseñada por la Dirección de Desarrollo Operativo, DDO, de la Dirección General del Programa Oportunidades, DGPO, en la Comisión Nacional de Protección Social en Salud, CNPSS.

Este proyecto, que solicitó al CIESAS la entonces Secretaría de Desarrollo Social, SEDESOL, a través de la Coordinación Nacional del Programa de Desarrollo Humano Oportunidades, encontró el compromiso y entusiasmo de Lucía para ejecutarlo y formar un equipo para ese propósito. La referida institución estaba interesada en realizar una evaluación de las primeras reacciones tanto de la población beneficiaria del Programa Oportunidades, como del personal de salud responsable de las unidades de salud de esas regiones. En su primera etapa, el PCI, novedoso y de reciente creación, se instrumentaba en algunas regiones indígenas de 13 entidades federativas, en busca de “una mejor comunicación con la población indígena utilizando sus propias lenguas, creando materiales que recuperen las formas de vida, de vestir, de vivir de los indígenas, e integrando a miembros de las comunidades como protagonistas de videos, audios, carteles y tarjetas, para transmitir mensajes de autocuidado de la salud en algunos temas particularmente urgentes.”

La evaluación entrañaba muy diversos retos, destaco algunos de ellos:

1. La interlocución institucional era compleja, ya que intervenían una gran variedad de áreas y múltiples funcionarios, tanto para aportar información documental, como para ser entrevistados, que, además, al final revisarían los resultados de la investigación y los avalarían, a la par de las recomendaciones que se hicieran. La lista era larga, directores generales, directores de área, subdirectores y jefes de departamento de dos instituciones gubernamentales, además de los oficiales de proyecto a cargo del Banco Mundial.
2. El equipo de gabinete enfrentaba desafíos para la organización de los diversos componentes del proyecto. Destacaba el corto tiempo de ejecución, en el que se esperaban resultados en muy pocos meses, por lo que la organización de las tareas debía ser precisa y la coordinación, metodología y técnicas de investigación, acordes a los objetivos del PCI y del propio estudio cualitativo que se emprendería para su evaluación. Para lograr los objetivos, bajo esas condiciones, Lucía coordinó e integró el equipo central con Susann Hjorth, Armando Alcántara, Nancy García, Silvia Olvera y yo misma.
3. El equipo de campo que debía formarse era muy amplio, alrededor de 20 investigadores especializados en comunidades rurales e indígenas. Se tenían que diseñar diversas estrategias para desplegar ese número de investigadores para realizar trabajo de campo en regiones indígenas de 13 entidades federativas: Campeche, Chiapas, Chihuahua, Durango, Estado de México, Guerrero, Hidalgo, Jalisco, Morelos, Nayarit, Oaxaca, Puebla y Yucatán. Se trabajó en 21 municipios, 27 localidades donde se asentaban 11 grupos etnolingüísticos (agrupaciones lingüísticas): maya, tsotsil, rarámuri, tepehuano, mazahua, tlapaneco, otomí, huichol, nahua, cora y mixteco.

4. La tarea de campo representó la realización de 147 entrevistas a beneficiarios del PCI, 44 entrevistas a personal de salud, 13 a jefes jurisdiccionales y 2 a responsables federales del Proyecto.

A marchas forzadas se obtuvo un estudio de gran calidad, que fue sometido al escrutinio de las tres instituciones que intervinieron en su revisión, discutieron ampliamente los resultados y las recomendaciones.

Detrás del interés de Lucía por participar en este tipo de estudios cualitativos para la evaluación de proyectos, subyacían:

1. Su capacidad para reconocer, entre un sinnúmero de servidores públicos, a aquellos que tenían, no de dientes para afuera, un legítimo interés en mejorar la acción pública institucional, a través de la evaluación; aquellos que no le temían a la crítica fundada. Esa cualidad la encontró en la interlocución con el director de Desarrollo Operativo de la CNPSS, Ing. Gregorio Sánchez, por lo que se animó a conducir la evaluación.
2. Su convicción de la necesaria utilidad social del conocimiento, de que la investigación sirviera, fuera útil.
3. Su certeza de que, aunque los proyectos aplicados tuvieran plazos muy cortos de ejecución, y en ese sentido fueran muy distintos a los que pueden desarrollarse con cánones estrictamente académicos, no debía perderse el rigor, tanto metodológico como en el análisis y resultados. No debía renunciarse a la calidad de la investigación.

El que refiero fue un solo proyecto, Lucía condujo y participó en otros de similar carácter. Me comentó Ludka de Gortari que todavía a inicios de 2024, a Lucía le inquietaba retomar un seminario interno que había ideado en 2017 para compartir las experiencias de evaluación de políticas y programas públicos, con los investigadores que habían participado en ese tipo de estudios en el CIESAS. Le interesaba “entrarle a eso” después de su sabático y también consideraba un pendiente abrir un espacio o un área para la evaluación de políticas públicas dentro de la institución.

Lucía Bazán fue una mujer brillante, con aguda inteligencia y sentido del humor, crítica e incisiva. Esos atributos, a mi juicio sobresalientes, no siempre le acarrearón simpatías. Pero quienes la quisimos, la admiramos como investigadora y la atesoramos como amiga, la seguiremos recordando. ¡Gracias Lucía por tu respaldo y tu amistad incuestionables, te extrañaré por siempre!

1. Correo electrónico: becas.gallart@ciesas.edu.mx ↑

Lucía y el trabajo de campo. Los inicios de una antropóloga

Patricia Arias

Antropóloga



Gracias a las colegas que participaron en su homenaje aprendí mucho sobre Lucía en los años en que dirigió proyectos de investigación ligados a la pobreza o en su calidad de directora a diferentes niveles en el CIESAS. Cuando Margarita Estrada me invitó a participar en el número de *Ichan Tecolotl* dedicado a Lucía acordamos —de inmediato y con facilidad puesto que ella nos conoce bien a las dos— que yo podría contarles algo de ella en un periodo muy anterior, de aquellos tiempos y lugares donde Lucía se formó y se convirtió en antropóloga.

Hay que decir que a los estudiantes de antropología de la década de 1970 nos tocó vivir una etapa luminosa, la más brillante de la disciplina de la segunda mitad del siglo XX. El respeto y la confianza que inspiraban Angel Palerm, Gonzalo Aguirre Beltrán, y Guillermo Bonfil eran lo suficientemente poderosos como para que los gobiernos y los políticos de la época los dejaran diseñar y echar a andar, con enorme respeto y libertad, las instituciones académicas que crearon, modelaron y, durante algún tiempo, encabezaron. Pero, claro, en ese momento no lo sabíamos. Ahora sí.

Como recordamos, Angel Palerm, como Director del flamante CIS-INAH, pudo poner en práctica varias de sus convicciones respecto a las maneras de hacer investigación antropológica: determinar que los proyectos colectivos eran la manera más adecuada de hacer

investigación social, promover la investigación regional en espacios y sobre temas novedosos, e insistir en que la antropología era una disciplina de investigación que se basaba en el trabajo de campo. Varias veces comentamos con Lucía cuánto extrañábamos esa manera de hacer antropología, no sólo por nostalgia, sino porque estábamos convencidas de que había sido un gran modelo de formación de investigadores y de generación de conocimientos.

Con base en esos principios en el CIS-INAH se armaron múltiples proyectos de investigación en diversos lugares de la geografía nacional. A uno de ellos, en el extremo noreste del estado de Morelos, nos integramos Lucía y yo. Como estudiantes de la licenciatura en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana y ayudantes de investigación en CIS-INAH, nos distribuyeron en diferentes comunidades de la microrregión: Juan Pérez y Elizabeth Henschel en Ocuituco, Elena Bilbao y Jorge Serrano en Jumiltepec, Lourdes “Luli” Pérez y Elsa Rodríguez en Metepec, y Lucía y yo en Tetela del Volcán, cabecera municipal del municipio del mismo nombre donde, de acuerdo con el censo de 1970, vivían menos de cuatro mil habitantes. Un mundo rural pequeño, más o menos fácil de recorrer, de conocer a la gente y de ser reconocidas por los vecinos.

Se trataba de un proyecto regional y colectivo con una temática común: la antropología política, especialidad de Roberto “El Flaco” Varela, director del proyecto. El resultado serían nuestras tesis de licenciatura que deberían ser publicables. Ahí fue donde descubrimos algo que Lucía y yo valoramos siempre: la investigación colectiva como forma de trabajo, aprendizaje y colaboración.

Cada miércoles en la mañana nos reuníamos en Tetela del Volcán, donde se instalaba el tianguis más grande de la microrregión. Mientras Roberto leía nuestros Diarios de Campo íbamos a la plaza a hacer nuestras compras semanales. Hay que decir que el mayor producto comercializable de Tetela era la cecina (ahí aprendimos que ésta no sólo se elaboraba en Yecapixtla). Más tarde, teníamos una larga sesión de seminario donde comentábamos hallazgos, planteábamos dudas, hacíamos preguntas, compartíamos contactos. La generosidad sería la mejor definición del ambiente del seminario. Nadie escatimaba ideas ni escondía información ¿Para qué?

Un día, Juan comentó que en una reunión de Comisariados Ejidales de la región el Presidente del ejido de Tetela del Volcán había dicho que había puesto en marcha un gran plan de sembrar frutales. Nosotras, que habíamos hablado con ese presidente, no habíamos visto nada de eso en el ejido. Bastante enojadas fuimos a preguntarle y él, muerto de risa, nos dijo que no era cierto, pero era lo que “los del gobierno” querían escuchar y no se iban a tomar la molestia de verificar.

En otra ocasión, yo, acompañada de una amiga del pueblo, conversaba con Evaristo, un expresidente municipal. De repente, sin venir al caso y alegando que yo era “maestra”, me preguntó si no me llamaba la atención que sus hijos, un par de gemelos, no se parecieran en nada a él. Una patada de mi amiga por debajo de la mesa me alertó y fui muy cuidadosa con la respuesta. Luego me dijo que Evaristo siempre había sospechado que los gemelos no eran hijos suyos. Cuando lo comenté con Lucía, ella, riendo, me dijo: ¡Ah, sí, ya me habían dicho eso! ¿No te lo había contado? De episodios como esos aprendimos, entre risas y bromas, que lo mejor era compartir.

Aunque el tema común era la antropología política, cada miembro del equipo, de acuerdo con Roberto, tuvo libertad para encauzar sus pesquisas hacia asuntos que le parecían más relevantes en la comunidad donde estaba.

Además de ser colectivo, el proyecto supuso hacer trabajo de campo durante varios meses ininterrumpidos en las comunidades de estudio. Lucía y yo vivimos en dos distintas casas en Tetela del Volcán, una en la brecha que iba a Hueyapan; la otra, más grande, en el camino al volcán Popocatepetl. Desde el principio, empezamos a aprender cosas. Por ahí subían, eso lo supimos pronto, los que iban a comprar hongos alucinógenos en las cercanías del volcán. En los patios traseros de ambas casas crecían lo que a nuestros ojos urbanos parecían infinidad de “hierbas”. Cuando las vecinas empezaron a pedirnos hojas, flores, ramas, raíces supimos que las mujeres cultivaban y reconocían una gran variedad de plantas medicinales y de “olor”, que se usaban en la elaboración de diferentes platillos que mejoraban la calidad de una gastronomía muy sencilla. Eran parte de los saberes femeninos que ni ellas mismas valoraban.

Una vez instaladas, estuvimos listas para empezar a desplegar el arsenal de técnicas de investigación que nos habían enseñado. Pero, claro, hubo cuestiones imprevistas que resolver de las que nadie nos había hablado y sobre las cuales llegamos a acuerdos orientados, básicamente, por el sentido común. ¿Quiénes éramos? ¿Qué hacíamos en Tetela? ¿Teníamos permiso de nuestros padres para estar allí? Como mujeres jóvenes éramos difíciles de clasificar en las categorías locales. Decidimos que siempre íbamos a decir la verdad, es decir, que éramos estudiantes, que estábamos haciendo investigación para nuestras tesis. La gente prefirió llamarnos por nuestros nombres o, con ciertas dudas, maestras.

Muy pronto, tuvimos que tomar otra decisión. Nos dimos cuenta de que había personas que si bien aceptaban hablar con nosotras, de inmediato comenzaban a preguntarnos para qué servía lo que nos decían. Acordamos entonces que a la tercera vez que nos preguntaran lo mismo, era el momento de agradecer y dar por terminada la entrevista. Podía tratarse de la

persona más adecuada para la investigación pero resultaba inapropiado, además de inútil, forzarla a mantener una conversación. Así hicimos siempre en las investigaciones que compartimos: respetar el derecho de la gente a negarse a participar.

También descubrimos cuándo y cómo usar nuestros instrumentos de trabajo. No usamos grabadoras. Tuvimos varias razones. Como no éramos muy hábiles con artefactos que eran rudimentarios e incómodos, de repente se grababan mejor los cacareos de las gallinas que las palabras de los entrevistados. Eso tenía un costo muy alto: confiadas en la grabación descuidábamos tomar notas o memorizar. Además, suponía horas de transcripción con otro aparato igual de ineficiente. Pero sobre todo, nos dimos cuenta de que había dos tipos de personas: las que se intimidaban y enmudecían ante la posibilidad de ser grabadas y a las que les encantaba el micrófono, lo que significaba que podían hablar de cualquier cosa.

Entonces privilegiábamos dos modalidades: tomar notas en libretas de campo, por lo regular con autorización de los entrevistados. Si sentíamos que eso les incomodaba, guardábamos las libretas. Y entonces a seguir con la opción de memorizar. Esto suponía un enorme esfuerzo y, si la entrevista o conversación había sido muy buena, después nos sentábamos en una banca de la plaza o en el atrio de la iglesia a escribir notas. Ahí nos encontramos muchas veces e íbamos a tomar un refresco en alguna de las tiendas, momento que aprovechábamos para platicar con los dueños y sus hijos, que muy pronto se convirtieron en informantes.

Porque no hacíamos todo juntas. Más bien, compartíamos lo que cada quien pensaba hacer: iniciar un contacto, volver a entrevistar o platicar con alguien, ir a observar alguna reunión o actividad. La verdad, éramos incansables. Al principio del trabajo de campo, recurrimos mucho a las conversaciones informales y las entrevistas intencionadas pero de aplicación flexible. Y poco a poco, día con día, afinamos y pulimos nuestras habilidades en ambas técnicas de investigación. Eso se notó en el Diario de Campo.

De cualquier modo, como la investigación era sobre antropología política, hubo limitaciones y alguna oportunidad. Nuestra tarea primordial era entrevistar a las autoridades políticas de Tetela de todos los tiempos y niveles de poder. Ese ámbito era predominantemente masculino, lo que hizo que los políticos fueran bastante reticentes a hablar con nosotras. Lo que mejor podíamos hacer era observarlos en público: su comportamiento en reuniones, festejos, cuando llegaban visitantes. Pero algunos, precisamente porque consideraban que éramos incapaces de entender “la política” se dejaban llevar por la vanidad y alardeaban de sus saberes y movidas.

Con el tiempo, la gente dejó de preguntarnos y preguntarse por nosotras y empezaron a invitarnos a eventos privados: bautizos, primeras comuniones, bodas, la instalación de altares de muerto, la ida al panteón, bailes. Si no hubiéramos vivido en Tetela ese paso de lo público a lo privado hubiera sido imposible.

Nos ubicaban siempre, claro, en el sector de las mujeres, apartado del de los hombres, a los que había que atender. Ahí descubrimos que las mujeres también bebían alcohol (llevaban botellas y refrescos cubiertos por los rebozos) mientras recibían y cuidaban el arroz, el mole, los frijoles, las piezas cocidas de pollos y guajolote, las tortillas, los atoles, las galletas. Pero no sólo eso.

Era el momento de la observación que daba lugar a conversaciones y recuentos acerca de quiénes y por qué unos acudían y otros no habían sido invitados, por qué unos llevaban ciertos productos, por qué algunos, a su vez, llevaban invitados. Al principio, nos tenían que explicar de quiénes se trataba y los motivos de la inclusión o exclusión. Pero luego empezamos a comprender, por nosotras mismas, las relaciones, tensiones, y explicaciones que justificaban las decisiones. Y ese fue el momento en que entendimos que habíamos dado un gran paso: habíamos transitado de la observación a la observación participante, es decir, que podíamos entender y seguir las conversaciones acerca de la trama de relaciones que le daban sentido a los acuerdos que definían comportamientos. Ahí entendimos que no buscábamos verdades, sino versiones; que no queríamos escuchar discursos sino entender conductas.

Estoy convencida de que fue en Tetela donde Lucía aprendió y pulió habilidades que la convirtieron en una excelente observadora de la vida social a través de sucesos cotidianos y eventos especiales, y en una excelente entrevistadora que sabía llevar el ritmo, respetar los silencios, entender las pausas de las conversaciones. Así entendimos que entrevistar es una destreza que se adquiere y se pule con la práctica.

Pero sin el Diario de Campo hubiera sido imposible darnos cuenta de lo que sucedía en Tetela y de los cambios que experimentábamos en nuestra formación como antropólogas. El Diario de Campo —insistían Roberto todo el tiempo y Palerm cuando nos visitaba—, se escribe todos los días y se registra todo lo que sucedió o se hizo ese día, sin seleccionar ni discriminar. Llegar a hacer el Diario de Campo después de horas de conversaciones, entrevistas, observación y caminatas era una práctica prolongada y cansada. Terminábamos tarde cada noche.

Pero era mejor así porque muy pronto comprobamos que dejar de hacer el diario un día significaba que al siguiente tendríamos el doble de entrevistas, conversaciones, y observaciones. Además, constatamos que la memoria es muy frágil, que de un día para otro

empezábamos a olvidar nombres o confundir situaciones. Y además, ahí estaba Roberto y nuestros compañeros para recordarnos que esa era una obligación del oficio. Y lo aceptamos, hasta convertirlo en una segunda piel.

Con todos esos materiales y saberes regresamos a la Ciudad de México, a las clases, a contrastar lo encontrado con la bibliografía, a ordenar y clasificar nuestros materiales y a hacer la tesis, en la que tanto nos ayudó Margarita. Lucía, como sabemos, escribía muy bien y tenía la virtud de ser muy clara y precisa; planteaba con claridad argumentos complejos, y muchas veces también confusos. Eso nos ayudó mucho en la confección de nuestra tesis, ejercicio que fue el primer ejemplo de una tesis colectiva en la licenciatura. Gracias a ese trabajo de campo y con la elaboración de la tesis creo que ambas nos habíamos convertido en antropólogas.

Aunque en ese momento no lo supimos ver, el mundo rural que habíamos conocido en Tetela del Volcán había comenzado a estar en crisis; crisis se me manifestaba de muchas maneras, entre ellas en la demografía. Las parejas jóvenes ya no querían tener más hijos porque no podían mantenerlos: la agricultura de temporal ya no daba para sostener las necesidades de los hogares durante todo el año y casi no existían otras fuentes de empleo en la microrregión. Pero padres, suegros y la comunidad entera se oponían de manera bastante violenta al control de la natalidad. Las parejas tenían que acudir al Centro de Salud de Cuautla en busca de anticonceptivos. No podían hacerlo en Tetela porque allí eran inmediatamente reprimidas por sus familiares. Eso contribuyó sin duda a intensificar la migración a la ciudad de México.

Berna, la joven —tan joven como nosotras— que nos aliviaba las tareas domésticas, tenía dos pequeños hijos y su marido estaba en la cárcel. Ante la falta de tierra y opciones laborales, Vicente había migrado a la capital donde trabajaba como cargador en el mercado de La Merced. En un pleito, alguien fue acuchillado, Vicente fue culpado, condenado y encarcelado. Berna, estigmatizada por ambas familias, tuvo que empezar a trabajar para mantener a sus hijos y enviarle dinero a Vicente a la cárcel. Nunca pudo visitarlo.

Cuando Vicente quedó en libertad, la pareja y sus hijos se fueron a vivir a Ciudad Nezahuacóyotl, al principio, en un pequeño cuarto en un entorno donde abundaban los terrenos baldíos pero, al mismo tiempo, empezaban a multiplicarse las vecindades. Durante algunos años, nos invitaron a las celebraciones de los niños y Lucía y yo los acompañábamos en los festejos y vimos, impresionadas, los rapidísimos cambios en ese poblamiento al que cada día llegaban migrantes de muchos estados y desplazados de la ciudad de México. Poco a poco, con el trabajo de los dos, mejoró la calidad de vida de Berna y Vicente en la ciudad. Luego les perdimos la pista, pero hasta donde supimos no pensaban volver a Tetela. La

migración como opción de vida se reflejó en el escaso crecimiento de la población: en 2020 en el municipio de Tetela vivían apenas 14.853 personas y la tasa de crecimiento entre 2010 y 2020 fue negativa: -2.56.

Muy poco después volvimos a Morelos, para una nueva estancia prolongada de trabajo de campo, esta vez con base en Jiutepec, cabecera del municipio del mismo nombre. El nuevo proyecto de Roberto Varela trataba también sobre antropología política, pero con nuevos integrantes en el equipo: Rossana Filomarino en Jiutepec, Esteban Krotz en Emiliano Zapata y, un poco más lejos, Agustín Escobar, en Jojutla.

El contraste entre Tetela del Volcán y Jiutepec era abismal y era evidente que las comunidades campesinas, incluso en el mismo estado, vivían procesos de cambio muy distintos. En Jiutepec nos llamó la atención lo que hoy llamamos la diversificación de la economía rural. Se trataba de un fenómeno antiguo. En Jiutepec, la mayor parte de las parcelas ejidales eran de riego, lo que permitía cultivos comerciales; en la microrregión había antiguas agroindustrias e industrias que daban empleo a la población local; la cercanía con Cuernavaca, el buen clima, y la abundancia de agua, lo habían convertido en un municipio atractivo para el desarrollo de casas de fin de semana, donde también trabajaban los vecinos. En Jiutepec, a diferencia de Tetela, había opciones de trabajo para los vecinos e incluso, como averiguamos muy pronto, para migrantes. Entre 1970 y 1980 —cuando estuvimos allí— la tasa de crecimiento fue de 13.06, década en que la población pasó de 19.567 a 69.687 habitantes.

A fines de la década de 1960 se echó a andar un gran proyecto de desarrollo industrial: CIVAC (Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca). Se ubicó muy cerca de la cabecera municipal pero en las tierras comunales —que fueron expropiadas— del poblado de Tejalpa. Cuando llegamos, en 1975, estaban vendidos 97 lotes, había 37 empresas en operación y más de tres mil obreros. Eran empresas de muy diferentes giros, pero la que más llamaba la atención y tenía más trabajadores era NISSAN Mexicana, primera planta armadora de coches fuera de su sede en Japón.

A diferencia de Tetela, en Jiutepec y CIVAC se dejaba sentir la presencia de un actor político no habitual en el mundo rural: los sindicatos, la mayor parte de ellos afiliados a la CTM. Lo más novedoso era que en NISSAN los trabajadores se habían separado de la CTM y habían formado un sindicato independiente, apoyado por el FAT (Frente Auténtico del Trabajo) y cercano al Obispo de Cuernavaca, don Sergio Méndez Arceo, personaje omnipresente en el escenario socio-político de la época, no sólo en Morelos.

Eso nos llamó mucho la atención; en realidad, nos fascinó. Y esa fue la vía de entrada a lo que nos dimos cuenta que más nos interesaba, que era el trabajo en un sentido muy amplio. Roberto nos permitió, con gran libertad, acercarnos a ese mundo raro, entre campesino e industrial, de obreros y empresarios, de líderes y luchas obreras, de población local y migrantes que llegaban atraídos por la oferta de empleo industrial, el autoempleo y las estrategias de ingresos que generó CIVAC. En diez años, de 1970 a 1980, la población de Tejalpa, la localidad más cercana a CIVAC, se duplicó: pasó de 4.112 a 8.374 habitantes.

No sabíamos en lo que nos metíamos. Menos aún que eso definiría nuestras vidas académicas. Obtener información sobre CIVAC y, más aún, sobre las empresas, fue una tarea que nos obligó a inventar estrategias de investigación. Las habilidades cualitativas y la fácil participación en la vida social que habíamos aprendido y practicado en Tetela resultaban claramente insuficientes para acercarnos a un universo muy grande de empresas diversas y trabajadores dispersos.

Pero estábamos decididas a seguir adelante. Hay que decir que nos costó mucho trabajo, solicitudes, mil vueltas y tiempos de espera en oficinas conseguir información oficial que nos permitiera trazar la historia de CIVAC. Muchos años después, en 2010, cuando nos pidieron que escribiéramos sobre CIVAC para la Historia de Morelos, nos sorprendió la facilidad con que conseguimos información en Internet, incluso mejor que la que obtuvimos en el trabajo de campo.

Ante ese mundo tan vasto se nos ocurrió diseñar una pequeña encuesta, muy básica, para obtener información de las empresas. De las 37 que existían en CIVAC 31 nos contestaron. En NISSAN fue donde mejor nos fue: los gerentes nos proporcionaron toda la información que les pedimos y más: nos permitieron ingresar a la fábrica, a la planta, a las oficinas, nos proporcionaron espacio y escritorios para transcribir datos de los ficheros de los trabajadores. De las 15 industrias que había en Jiutepec, 10 contestaron nuestros cuestionarios. En total, se trataba de un universo de alrededor de 4.500 obreros.

De esa manera, obtuvimos datos acerca de la trayectoria de las fábricas, así como información cuantitativa sobre los trabajadores de las empresas de Jiutepec y de CIVAC: lugares de origen y de residencia, edades, salarios, etc., lo que nos permitió hacer ejercicios comparativos. Compartimos tanto la elaboración como los resultados de los cuestionarios.

Pero además llevamos a cabo 90 entrevistas a profundidad —en realidad, historias de vida— de hogares obreros de Jiutepec, Tejalpa, y Cuernavaca. El trabajo de campo nos permitió conocer la existencia de vecindades e infinidad de cuartos de renta en Cuernavaca. De paso, nos volvimos expertas en escapar a toda velocidad de las mascotas caninas, las mejores guardianas de las vecindades.

De nuevo, nos dividimos las entrevistas, pero solíamos ponernos de acuerdo para ir juntas a los lugares de residencia de nuestros entrevistados. Además, fieles a lo que sabíamos hacer mejor, dedicamos muchas horas a hacer recorridos, a platicar y a hacer observación en las cercanías de las fábricas de Jiutepec y sobre todo de CIVAC, así como en el pueblo de Tejalpa. Así advertimos, por ejemplo, la tensión que existía en NISSAN respecto a la comida. NISSAN ofrecía servicio de comedor, de buena calidad y a muy bajo costo, a los trabajadores. Pero a ellos no les gustaba lo que les ofrecían, de manera que, a mediodía, bajo un sol inclemente, llegaban esposas e hijas a pasarles tortillas con guisados por las rejas de la fábrica. Algo que evidentemente resultaba incomprensible para los ejecutivos de NISSAN.

La observación y las conversaciones nos permitieron descubrir la variedad de estrategias de vida, trabajo y negocios que desplegaban los obreros pero también los vecinos de la microrregión, diversidad que nos hacía difícil aceptar la idea de categorías dicotómicas, como las que se proponían en ese tiempo sobre el trabajo y la proletarización; hallazgos que eran complicados de dialogar con los sociólogos en ese tiempo.

El trabajo de campo en Jiutepec nos enseñó a usar y a combinar estrategias de investigación cualitativas y cuantitativas. Desde luego que la generación y el procesamiento de datos cuantitativos no fue nada sofisticado, pero resultó muy útil para los propósitos de una investigación que había transitado de una sociedad rural pequeña, muy abarcable con técnicas cualitativas, a un poblamiento mucho más numeroso, impersonal, diverso y disperso. De la investigación en Jiutepec salimos, creo, mucho mejor preparadas para acercarnos y entender los mundos del trabajo que se transformaban de manera acelerada en el campo, en las ciudades, en esas primeras periferias que anunciaban la conformación de lo que hoy son enormes espacios metropolitanos.

Al regreso a la ciudad de México nos esperaba una gran sorpresa. Quiero pensar que Ángel Palerm consideró que ya éramos antropólogas y que podíamos dar un siguiente paso. Pero eso no lo sabremos. El hecho es que él había decidido que era el momento de separarnos. Para empezar, no quería que siguiéramos en el estado de Morelos. Consideró que Lucía podía seguir en el siguiente proyecto de Roberto Varela. Y así fue como tuvimos que seguir diferentes caminos.

Pero estuvimos en contacto, siempre respetando y admirando lo que cada quien siguió haciendo en el sendero que habíamos trazado y recorrido juntas en Tetela del Volcán y en Jiutepec: el trabajo, los hogares y las estrategias de los y, cada vez más, las trabajadoras. La Lucía que siguió, la conocieron ustedes mejor que yo.

Lucía no fue investigadora de una sola faceta aunque sí de un solo propósito

Margarita Estrada^{III}

CIESAS Ciudad de México



Entrega del premio «Investigación sobre las familias y los Fenómenos Sociales Emergentes en México (1996). En la foto Margarita Estrada, Esteban Ruiz Velasco y Lucía Bazán.

No ha sido fácil escribir estas líneas. Al hacer el recuento del trabajo y trayectoria de Lucía Bazán en el CIESAS y de mi amistad con ella se agolpan los recuerdos y no puedo evitar la tristeza por su ausencia.

Lucía y yo nos conocimos en enero de 1975. Yo acababa de llegar a la ciudad de México para estudiar Antropología y ella estaba terminando su tesis de licenciatura con Patricia Arias. Durante unos meses compartimos vivienda, y en esa convivencia construimos una gran amistad que nos permitió acompañarnos en los eventos más importantes de nuestras vidas: el matrimonio, el nacimiento de nuestra prole, el inicio de mi vida laboral y las vicisitudes de la vida.

Viajamos juntas en muchas ocasiones. Algunas veces por cuestiones de trabajo, otras de vacaciones acompañadas por nuestras familias. Una característica de estos viajes eran las interminables conversaciones que sosteníamos durante los días que duraba el viaje y el sentido del humor que compartíamos.

Sin embargo, lo que nos permitió consolidar nuestra relación de amistad fue el trabajo. Lucía y yo trabajamos juntas en varios proyectos de investigación, y ella fue muy importante en mi formación como investigadora de campo.

Esta relación laboral inició cuando Lucía Bazán junto con Patricia Arias, Augusto Urteaga, Juan Luis Sariego, José Díaz y Victoria Novelo impulsaron el programa de Antropología del Trabajo en el CIS-INAH. Era el año 1978 y esos esfuerzos se plasmaron en dos proyectos colectivos “Pequeña y mediana industria” y “Minería mexicana”.

Estos proyectos incorporaron ocho becarios y becarias. Yo fui una de ellas. Lucía me invitó a presentarme al proceso de selección y pasé a formar parte del proyecto Pequeña y Mediana Industria junto con Sergio Sánchez, Raúl Nieto, Minerva Villanueva y Adriana Meza. Lucía y Augusto Urteaga dirigieron ese proyecto que estudió distintos aspectos de la experiencia laboral de los trabajadores de la industria del calzado en León, Gto.

Fue en este proyecto y bajo la tutela de Lucía y Augusto que aprendí a hacer investigación antropológica. De manera meticulosa y paciente me guiaron primero en la elaboración del proyecto y la preparación del trabajo de campo: la confección de las guías de entrevistas y la recopilación de información sobre el lugar de estudio. Una vez en León, me orientaron en la elección de la zona de trabajo, en las formas de contactar a las personas que posteriormente entrevisté, en el diseño y distribución de un cuestionario, y en la disciplina de escribir el diario de campo.

Durante el trabajo de campo, Lucía y yo volvimos a compartir techo. La vida diaria nos permitió una convivencia que consolidó nuestra relación de amistad y pude conocerla más profundamente. Ahí descubrí su agudeza al escuchar sus comentarios sobre lo que nos acontecía en nuestras experiencias en el campo, y su tozudez cuando se trataba de sacar adelante aquello que estaba convencida que era lo más conveniente. No importaba si debía enfrentarse a sus colegas. Esta convicción fue una característica que la acompañó hasta el último de sus días. Y le valió algunas enemistades.

Una vez de regreso en la ciudad de México, Lucía y Augusto supervisaron la manera en la que sistematicé la información y revisaron los avances de los capítulos de lo que se convirtió en mi tesis de licenciatura. Al mismo tiempo, Lucía desarrollaba su propio trabajo de campo y más

tarde escribió el resultado de su investigación. Un gran esfuerzo, lleno de profesionalismo y generosidad.

Las investigaciones que he desarrollado durante las décadas que siguieron a esa primera experiencia de investigación tiene su base en la formación que Lucía y Augusto me dieron. El aprendizaje que adquirí fue gracias al tiempo y trabajo que invirtieron en acompañarme a lo largo del proceso de investigación. Uno de los privilegios que he tenido en mi vida fue haberme formado bajo la dirección de una investigadora como Lucía Bazán.

Sin embargo, Lucía Bazán no solo desarrolló proyectos de investigación en CIESAS. El trabajo institucional que realizó todavía arroja beneficios entre quienes participamos en la docencia y tenemos como sede la Ciudad de México.

En 1999, Lucía Bazán asumió la coordinación de la maestría en Antropología Social. Lo primero que hizo fue abrir la maestría a toda la comunidad del CIESAS. Hasta su gestión ese ámbito había estado vetado a la mayoría de los investigadores. Sólo participaba en la docencia un pequeño grupo de colegas. Al hacer una convocatoria abierta para presentar líneas de investigación e impartir cursos, promovió la colaboración de las personas que habíamos estado marginados de ese proyecto. El resultado fue que la oferta de líneas se amplió. Desde entonces, cualquier grupo de investigadores e investigadoras que lo desee puede presentar una propuesta. Esto ha enriquecido al posgrado, a los y las estudiantes que se han formado con nosotros y a los profesores que hemos participado en el posgrado.

La presencia de Lucía en la coordinación del posgrado no sólo benefició a la comunidad académica. También se preocupó por las condiciones de trabajo del personal de apoyo. Xóchitl Zamora, la secretaria de la maestría estaba contratada por honorarios y Lucía buscó por todos los medios a su alcance que se le diera la base. Finalmente, después de muchos años de trabajar en CIESAS, gracias a los esfuerzos de Lucía, Xóchitl obtuvo seguridad laboral y las prestaciones de las que disfrutamos el personal de base.

Lucía planteaba que los y las investigadoras de la ciudad de México estábamos en desventaja respecto al resto de las unidades del CIESAS. No teníamos a nadie que planteara las necesidades administrativas, de mantenimiento y académicas de la unidad. El resto de las sedes tenía un director regional que podía exponer y gestionar sus requerimientos ante la dirección general y la administración. No así la ciudad de México. Aunque no fue la primera directora regional, aquí también dejó su huella. Se preocupó por ampliar y consolidar el contenido del cargo. Para ello asumió la responsabilidad de gestionar la resolución de los problemas administrativos y materiales de la unidad. No fue fácil. Recuerdo su disgusto cuando se enteraba de que alguien estaba de trabajo de campo o en un congreso y no había

informado a la dirección regional. Nos ganaba la inercia de avisar a la Subdirección de Investigación. Desde que ella asumió la dirección regional los investigadores sabemos a quién reportar una gotera en el cubículo, solicitar apoyo cuando la computadora no funciona, o a quién acudir cuando queremos organizar algún evento. En el ámbito académico promovió reuniones para que se conocieran los proyectos de los estudiantes e investigadores huéspedes. Trató, sin mucho éxito, de fomentar el intercambio académico entre los y las investigadoras de la unidad.

Lucía no participó directamente en la docencia y dirigió pocas tesis. Sin embargo, en los proyectos colectivos que encabezó, formó a las personas que trabajaban con ella. No los trataba como sus ayudantes, nada más lejos de su intención. Lo que deseaba era que se convirtieran en investigadores para que más tarde pudieran trabajar de manera independiente.

Finalmente, en 2019, asumió la dirección académica a invitación de Fernando Salmerón. Aceptó como parte de su compromiso con la institución y por la amistad que la unía a Fernando. En ese cargo colaboró después con América Molina y Carlos Macías. No fue un periodo fácil, la gestión institucional era y continúa siendo complicada en el contexto de cambios que se han llevado, desde esa fecha, en las políticas de ciencia, humanidades y tecnología. Para ella además las dificultades también fueron personales pues durante ese periodo empezaron sus problemas de salud. A pesar de ello, Lucía tenía claro cuál era su papel y lo cumplió hasta el último día de su vida.

Como directora académica invitó a participar en diferentes comisiones del CIESAS a personas egresadas del posgrado que ella había conocido cuando lo coordinó. Le interesaba que hubiera nuevas caras, nuevos nombres, nuevas miradas. Era la manera que estaba a su alcance para fomentar el relevo generacional, que desde su perspectiva era uno de los grandes retos para el CIESAS.

Las últimas veces que nos vimos ella estaba hospitalizada. A pesar de ello se mostró interesada por lo que sucedía en CIESAS. En esos días había tenido lugar una asamblea de investigadores. Me preguntó qué había pasado, se molestó por algunos acuerdos que se habían tomado y se mostró contenta por otros. Durante esas visitas hablamos de nuestros proyectos. Ni ella ni yo nos imaginábamos que unos días después ya no iba a estar con nosotros. Con su partida perdí una interlocutora formidable.

Lucía aceptó las responsabilidades que he enumerado porque quería incidir en el rumbo de la institución. Ella identificó algunos de los retos que enfrenta el CIESAS y actuó en consecuencia en la medida de sus posibilidades. Eso le valió enemistades porque ocupar un cargo es

enfrentar a los distintos intereses y tomar decisiones con las que ciertos grupos o personas estarán en desacuerdo. Es imposible darle gusto a una comunidad tan diversa y compleja como la del CIESAS. Nunca fue su intención quedar bien con toda la comunidad.

Sin embargo, como ella aclaró en su presentación en el evento por los 50 años del CIESAS, no sólo el trabajo organizaba su vida. Lucía siempre estuvo pendiente de sus hijos, su marido y sus padres. También se preocupaba por sus amigas. Yo recibí muchas veces apoyos de todo tipo cuando la vida se me complicaba. Era una amiga confiable y siempre dispuesta a brindar afecto y compañía.

A Lucía le gustaba leer novelas. A mí también. A lo largo de los años intercambiamos nombres de autores y sus libros. Ella me presentó a Jorge Amado y yo le presenté a Alma Delia Murillo. Siempre le he agradecido que me prestara el primer libro de Amado que leí. Ella me agradeció que le presentara a Alma Delia Murillo. Sé que en sus últimos meses de su vida disfrutó la lectura de esta autora. La leyó despacio, volvió sobre lo ya leído, pensó lo que la autora decía y la forma como lo decía, y la disfrutó.

También le gustaba y conocía de música. Uno de sus hijos es escritor y el otro músico. Sin duda su madre inculcó el gusto por la música y la literatura y de esa manera influyó en la elección de esas profesiones.

No quiero mostrar una imagen romántica de Lucía. No sería justo con ella. No siempre era fácil su trato. Si no estaba de acuerdo contigo o con lo que hacías podía ser implacable. Pero era una mujer solidaria, generosa, agradecida y comprometida como pocas personas con la institución en la que trabajamos.

Lucía Bazán nos dejó hace casi un año. Durante estos meses los que la queríamos la hemos extrañado.

1. Correo electrónico: mei@ciesas.edu.mx ↑

Evocando y honrando a Lucía del Carmen Bazán Levy 7/11/1946 – 28/11/2024

Teresa Carbó 

CIESAS Ciudad de México



Lucía Bazán y Teresa Carbó en CIESAS Ciudad de México. *Archivo CIESAS.*

“Buenos días.

Muchas gracias por estar aquí ahora, en directo o en pantalla. Así es la vida hoy, ni modo...” Eso dije el pasado jueves 3 de julio, en la Unidad Ciudad de México, saludando en ausencia a Lucía, junto con Armando Alcántara, Margarita Estrada, Carlos Macías Richard, y Julieta Sierra.

Desde una pantalla, admito que, a veces, la comunicación a distancia es conveniente, considerando las lluvias, el tráfico y el actual surtido de transportes eléctricos, prominentes las motos (que temo y detesto), y todos los otros de nueva invención, a distintas velocidades, sin cascos y con excesiva imprudencia.

Pues bien, convengamos en que tiempo y espacio son las grandes coordenadas de todo acontecer humano, individual y colectivo. Desde ahí, en la pequeña escala de nuestras vidas, esas coordenadas se expresan en diferentes extensiones: ciclos, temporadas, etapas, fases, e

inclusive breves momentos que a menudo se olvidan a pesar de ser la argamasa de varias décadas. Vivimos nuestras circunstancias y vicisitudes también en lugares, a menudo pequeños: oficinas, cubículos, rincones adaptados, y hasta rellanos de escaleras. Especialmente en la casa de Victoria 75, llena de vericuetos, donde inician estos mis recuerdos un tanto dispersos.

Ahí conocí a Lucía del Carmen Bazán Levy entre fines de 1979 y comienzos de 1980, cuando empezó nuestra resistencia ante las transformaciones que estábamos viviendo en CIESAS, ya no más CIS-INAH. Nos descubrimos de pronto convertidos en un Centro otro, con un nuevo director, don Henrique González Casanova (q. e. p. d.), designado en ese cargo con base en complicados procesos políticos en la élite gobernante. Nota: Roberto Melville está reconstruyendo tramos esenciales de la historia institucional de nuestro Centro.

Desde 1973, Lucía habitaba junto con otros colegas el cuarto más grande de esa hermosa casa porfiriana, entrando a mano izquierda, tras exquisitos vidrios biselados y opacos (no insonorizados). Allí nos apretujábamos para las asambleas, ansiosos y entusiastas, o para recibir informes de los compañeros que negociaban intensivamente en múltiples frentes. Jorge Alonso, Alberto Aziz, Luz Elena Galván y otros; me disculpo por las omisiones.

Negociábamos con el Departamento de Asuntos Jurídicos de la SEP, y con cuanto funcionario pudiera escucharnos. Cuando el conflicto se puso álgido, acudimos asimismo a la Secretaría de Gobernación.

Durante ese ciclo, debo a Arturo Warman (q. e. p. d.) un gesto generoso que me trajo a este Centro, del cual ya no me fui más. Arturo me incluyó en la lista de los ya para entonces “ex CIS-INOS”. Era verdad que yo trabajaba ahí desde octubre de 1979, gracias a Guillermo Bonfil (q. e. p. d.), con la puerta siempre abierta de su despacho, en el Programa de Evaluación de la Educación Bilingüe y Bicultural que coordinaba María Eugenia (Nina) Vargas Delgadillo (q. e. p. d.), pero me había estado pagando por honorarios la DGEI. De hecho, todos éramos remunerados de ese modo.

También en ese espacioso cubículo (la sala de la casa, me imagino), Victoria Novelo, Raúl Nieto Calleja, Juan Luis Sariego, Lucía y algunos estudiantes: Federico Besserer y otros “chamacos” curiosos investigaban un campo pionero: la antropología del trabajo. Desde sus orígenes, siempre esta comunidad de práctica abordó analítica y críticamente con criterios de avanzada los asuntos más apremiantes y amargos de las desigualdades e inequidades del país, en ánimo de conocer para corregir.

Perfumaba el patio central de esa casa una enorme magnolia que daba sombra y aroma a ramas llenas. Victoria 75 pertenecía a una familia de la alta élite política que nos la prestaba, creo, o la rentaba a bajo costo. Cuando, años después, la reclamaron e instalaron ahí un insulso restaurante, tumbaron la magnolia. No he vuelto a poner pie allí, ni lo haré. También en el patio central hicimos asambleas y presencia activa ("*sitting in*" se le llamaría ahora).

Durante el proceso nos habíamos constituido en Asamblea Permanente, nuestro máximo órgano de autogobierno. Concurríamos casi todos diariamente a nuestras respectivas sedes de trabajo. También los de Casa Chata (yo entre ellos), y acudíamos con frecuencia a las instalaciones de "Victoria", su nombre propio, que eran laberínticas en muchos tramos. Sólo por teléfono nos convocábamos. "Llaman de Victoria" era el aviso desde el conmutador. Y al trote arribaba el contingente de Casa Chata.

Pronto hubo en ese ciclo un cierto grado de implícito entendimiento recíproco entre Lucía y yo, con leves miradas que comentaban en silencio y con cierta ironía algunos discursos, un tanto encendidos y retóricos. Después, cuando ya fuimos amigas, la llamaba yo en broma "del Carmen", y ella a mí "del Niño Jesús", que no soy ni me gusta, y ella lo sabía. Era picardía, cercanía humorística y también pudorosa expresión de un hondo afecto bien correspondido.

El sentido del humor de Lucía, su ironía ante el ridículo, la agudeza de su escucha de dislates y fanfarronadas fueron siempre formidables. Los conservó y practicó hasta el final. Me hacía reír muchísimo, uno de sus numerosos dones para mí, que tiendo a la solemnidad. Juntas, nos reíamos ampliamente de mí. He de recordarla con alegría, me digo, y con su gracia un poquito cortante, tan especial. No vaya yo a darle póstumamente vergüenza ajena.

En esas reuniones de resistencia en "Victoria", como hasta sus últimos días, Lucía allí estuvo siempre: callada, fiable, perseverante y solidaria. Entregada a sus investigaciones, en temas pioneros, y a la institución que aún nos cobija. Una fuerza impresionante la de ella: sólido como roca su cuerpo, siempre delgado, ágil y flexible. Correosa era la querida mujer.

En algunas épocas Lucía y yo no nos vimos con mucha frecuencia, aunque nunca nos soltamos del amor que nos unía. En 2020, el año de la peste, reinstauramos una cercanía que ya no cesó. Encerrada ella en Morelos y yo en el Ajusco, nos Zoom-encontramos con frecuencia, y hablábamos de todo un poco. Cuando ya hubo vacunas y empezó la lucha para conseguirlas, ella me describía con ironía benévola y certero humor los movimientos organizativos de los vecinos, muchos de ellos de cierta edad, para lograr acceso grupal a las codiciadas vacunas. En buen corazón nos reímos muchísimo con su relato de esas vicisitudes, exitosas, por cierto. Ella y Víctor tuvieron un papel crucial en la estrategia vecinal.

Después de la pandemia seguimos viéndonos en un cafecito cercano a su casa, donde proseguimos nuestro diálogo. O, a veces, si ella tenía poco tiempo, en su cubículo de directora académica, amplio ése sí, donde yo empezaba por cerrar la puerta, lo que le hacía gracia. Allí preparamos con todo detalle el Taller de Comunicación Escrita para mandos medios de la administración, que ya no llegamos a impartir. El inconsciente juega su parte: no he podido hasta hoy encontrar el fólder donde yo tomaba notas para esa pequeña aventura que nos daba mucha ilusión.

Volviendo al asunto de los espacios de trabajo por los que ella transitó, diré que, intrigada yo en especial por el recuerdo de un lugarcito mínimo, donde a duras penas cabía su escritorio y una silla enfrente, en la planta baja de Juárez 87, pedí y obtuve autorización para consultar su expediente en el Archivo General del centro.

Éste es custodiado con esmero casi feroz por la compañera María Félix. Ella, la guardiana de la memoria institucional de cada uno de nosotros, es un ejemplo virtuoso de una apreciación que Lucía hace en un video sobre el ánimo de trabajo que ella ve prevalecer en este “pueblo” del CIESAS (el apodo es mío), y que celebra como uno de sus rasgos más bellos y emblemáticos. Dice Lucía que le admira la leal entrega y dedicación de todos los trabajadores a sus respectivas responsabilidades y a muchas otras, por añadidura y de pilón. Lo dice en uno de los videos que el equipo de Armando Alcántara (Alejandro Matalí, Erick Arroyo) me facilitó y que son joyas imperdibles. Uno es para los 49 años del CIESAS y otro para el medio siglo de labores (50 años). Los recomiendo con énfasis.

El más extenso integra la serie “Palabra del CIESAS”. Allí se la ve caminar vigorosamente, con sus largas piernas y ágil paso, por algunas partes del Centro de Tlalpan. Después, profiere su palabra sentada en un sofá blanco, ataviada con un exquisito huipil amuzgo, en colores que resaltan sus grandes ojos (por cierto, entiendo que Víctor disfrutaba siempre de agasajarla con ropa fina, elegante y sentadora). En ese video, Lucía da mucha información valiosa sobre su itinerario personal. Destaca los tres años de estudios en Roma, monja que fue, como una base formativa esencial para el pensamiento lógico y analítico que practicó después invariablemente, para mayor beneficio de todas nosotras. No menciona en cuál orden estuvo, y ya no quise molestar a Margarita, a quien mucha lata he dado en este proceso de escribir, que me ha resultado muy difícil.

Volviendo al archivo y a la información que allí encontré, mi admiración por Lucía creció inmensamente. La lista de sus publicaciones es impresionante; hay también premios y reconocimientos que nunca presumió, con su reserva característica. Desde 1976 en adelante, muchísimos trabajos hizo con Margarita Estrada, su amiga del alma y compañera inseparable. “Su pareja”, como corría la broma institucional, con quien dialogó siempre, hasta su último día,

en amorosa fecundidad. También en años posteriores investigó y publicó con Gonzalo Saraví, cuya inteligencia brillante me comentó una vez en privado. Pude comprobarla cuando él coordinó el postgrado, en una gestión espléndida. Me conduelo con él por la pérdida irreparable que él y su esposa sufrieron en años posteriores.

El 7 de octubre de 2004 me escribió una dedicatoria en un libro suyo del año 1991: *Vivienda para los obreros. Reproducción de clase y condiciones urbanas* (Colección Miguel Othón de Mendizábal, CIESAS, edición al cuidado de Ramón Córdoba y Dolores Latapí Ortega). El libro (se me) había (re)aparecido en una de las muchas cajas con las que convivo hoy en día, en dilatada mudanza hacia no sé dónde. Revisé esa obra y la encontré admirable. Completo y complejo trabajo, riguroso y actualizado, cierra con un impresionante apéndice cuantitativo. En un impulso que no supe explicar y que, de nueva cuenta, le dio risa, le pedí que me lo autografiara. Hizo más: me lo dedicó, con las siguientes palabras: “Tere. Estos son otros tiempos. Los obreros y nosotros necesitamos una casa. Construyámosla y compartámosla. Con afecto. Lucía”. Atendamos a su visión de futuro y lucidez premonitoria.

Concluiré con algunas frases sueltas y notables de su propia voz en los mencionados videos: CIESAS, dice, ha sido para ella un lugar de vida, no sólo de trabajo. “No sería la persona que soy si no hubiera sido por este Centro”, añade. “Aquí construí amistades entrañables y aprendí de colegas, estudiantes y compañeros de todos los sectores lecciones duraderas de compromiso y entrega a la institución”. “Hacia el futuro”, sostiene, “hemos de estar atentos a las nuevas tendencias de la sociedad”. Y esta última frase generosa: “no investigo para que me publiquen, o para que digan ‘oh, cuánto sabe esta persona’. Lo hago para que alguien viva mejor.”

Que así sea, Lucía querida.

Postdata: Sugiero, propongo y pido la compilación de un listado completo de sus publicaciones, y la reconstrucción de la línea del tiempo institucional que nos dio tan generosamente, con cargos y encargos, y más encargos. Ése sería un homenaje duradero y un útil legado para los más jóvenes en esta institución con más de medio siglo de labores expertas y resultados pioneros. Un bello ejemplo a seguir.

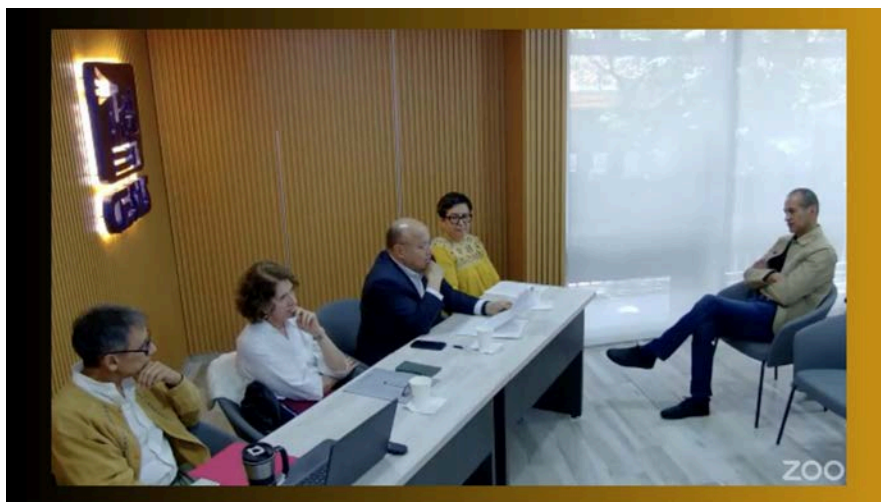
Tlalpan, Ciudad de México, 15 de octubre de 2025.

1. tcarbo@ciesas.edu.mx [↑](#)

A Lucía, in memoriam

Julieta Sierra 

CIESAS Ciudad de México



Armando Alcántara, Margarita Estrada, Carlos Macías y Julieta Sierra en el seminario «Homenaje a Lucía Bazán» (julio 2025). *Archivo Institucional CIESAS*.

Me siento profundamente honrada de dedicar estas palabras para rendir un modesto tributo a nuestra querida y entrañable colega y amiga, Lucía Bazán. La recuerdo con el cariño y la admiración que puedo expresar por haber convivido con ella, y quiero compartir mi experiencia de haberla conocido como persona, y como una académica que sin duda marcó mi trayectoria formativa como antropóloga.

A inicios del año 1999, yo era estudiante de la licenciatura en Antropología Social en la UAM-Iztapalapa. La Dra. Margarita Estrada fue mi profesora en ese programa, y gracias a ella recibí la invitación para colaborar con Lucía en el proyecto de investigación que entonces estaba desarrollando sobre la producción de calzado en San Mateo Atenco, en el estado de México, titulado *Trabajo, espacio y familia en zonas de urbanización reciente*.

Mi primer acercamiento con ella fue como su becaria para realizar mi servicio social en el Archivo Nacional Agrario, y posteriormente me planteó la posibilidad de incorporarme a su proyecto dirigiendo mi tesina. En esos años no había convenios institucionales como los que existen ahora, de manera que Lucía fungió como mi directora con base en la confianza de que

lograría desarrollar y concluir la investigación al cabo de unos meses. El trabajo con el que me titulé versaba sobre el tema del trabajo familiar en los talleres de fabricación de calzado en San Mateo Atenco.

Desde nuestro primer encuentro, el trato que recibí de Lucía fue cálido. Me reunía con ella en el CIESAS para recibir asesorías, pero esas sesiones se convertían en largas y amenas charlas en las que yo le contaba mis avatares de antropóloga novata haciendo mi primer trabajo de campo. Me tomó poco tiempo advertir su sentido del humor, irónico, ingenioso y también ácido. Sus opiniones eran críticas y también constructivas, lo que hacía que esas sesiones fueran, además de interesantes, divertidas. Su disposición siempre generosa para escucharme, corregirme y darme retroalimentación se combinaba con el entusiasmo que me transmitía por la investigación.

Lucía me visitó en un par de ocasiones durante mi estancia en campo. Releyendo mi diario de campo de entonces, noté que registré, en paralelo a mis impresiones sobre el caso de estudio, mi experiencia de trabajar con ella. Hicimos juntas un recorrido en uno de los talleres zapateros, entorno que ella conocía muy bien ya que anteriormente había hecho una investigación sobre este tema en León, Guanajuato. Me pareció admirable su soltura para conversar con las y los trabajadores, y aprendí de ella los gajes del oficio para hacer observación participante. Caminé con ella por los mercados de calzado, y sus impresiones sobre las dinámicas del comercio en aquel lugar están presentes hoy en mis reflexiones sobre el tema de los mercados.

Recordar este evento me llevó a revalorar la tarea de las direcciones de tesis, y la manera en que en la práctica antropológica se construye el conocimiento, compartiendo los saberes en el ejemplo, y en el acompañamiento. Veo en mi primera etnografía la impronta de su influencia, sus consejos para formular datos cualitativos. En este caso, sus indicaciones de detallar los procesos de producción de calzado, las máquinas, y las estrategias familiares de los y las trabajadores, quedaron plasmadas en mi trabajo de titulación.

Esta experiencia de investigación me llevó a profundizar en el posgrado en dos temas de los que Lucía era especialista: la antropología urbana y la antropología del trabajo. Lucía me contagió su pasión por estudiar las dinámicas urbanas y rurales, y también por interesarme en la discusión antropológica sobre el parentesco, temas en los que trabajé por muchos años.

Desde luego, leí con mucho interés sus publicaciones. Recibí de sus manos un ejemplar de su libro *Cuando una puerta se cierra cientos se abren*, una de sus grandes aportaciones a los estudios urbanos en México, referente para comprender las formas de vida, trabajo y vivienda

de los obreros de sectores populares en la Ciudad de México. En la dedicatoria que me escribió, expresó su deseo de que ese trabajo me sirviera de estímulo para entusiasmarme en la investigación antropológica. Y así fue desde entonces.

Estudiando en el CIESAS en los programas de Maestría en Antropología Social y el Doctorado en Antropología, tuve la fortuna de verla con frecuencia y de recibir sus consejos en esa etapa de mi carrera, y pienso que en ese contacto casi cotidiano se estrechó nuestro vínculo.

Yo no lo sabía en ese momento, pero la dedicación y el compromiso institucional de Lucía la llevó los siguientes años a involucrarse en actividades en las que combinaba la investigación con el trabajo académico-administrativo, lo que la mantuvo desde entonces muy ocupada, aunque pienso que también logrando una gran realización profesional.

Lucía fue un ejemplo de vocación, dedicación y un profundo compromiso institucional y también humano. Su participación en el evento conmemorativo de los 50 años del CIESAS fue conmovedora. El mensaje que nos dio ese día no se reduce al discurso que pronunció, fue sumamente simbólico porque estuvo presente; a pesar de todo lo que estaba viviendo en ese momento nunca le faltaron las fuerzas, la capacidad y el ánimo para continuar con su labor.

En el año 2022, Lucía me invitó a participar en la Comisión de Evaluación de Estímulos del CIESAS, actividad que desarrollé con mucho interés y que me abrió la puerta a conocer mejor la institución, las labores que las y los investigadores realizan, y a reconocer las aportaciones que sostienen el prestigio académico del CIESAS. Estar en esta actividad me acercó de nuevo a ella.

Me habría gustado tenerla como profesora en el posgrado, y aunque eso no sucedió, reconozco que en muchos otros sentidos, Lucía fue una gran maestra. Una manera de preservar y hacer perdurar esos momentos intangibles de transmisión del conocimiento que recibí de ella, fue cuando me desempeñé como docente en el programa de licenciatura en antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, a partir del 2019. Impartiendo los cursos de Antropología Urbana e Industrial y Familia y Parentesco, los trabajos de Lucía eran una referencia obligada en mis programas de curso, tanto como los libros y artículos de otras colegas del CIESAS.

Hace un año, en el mes de agosto de 2024, fue la última vez que nos vimos. Conversamos por un largo rato, le conté de mi experiencia ahora como directora de tesis de licenciatura, justamente de una tesis sobre las estrategias de movilidad urbana en Azcapotzalco. Nuevamente estoy leyendo sus trabajos sobre la vivienda obrera y la familia junto con mi dirigida. Aprendí de ella lo que hoy enseño, a hacer investigaciones originales, a tener rigor metodológico, y, lo más importante, a disfrutar los procesos de investigación.

En esa ocasión tuve la fortuna de agradecerle por sus enseñanzas, por su acompañamiento, por su calidez, por haber sido mi directora de tesis. Jamás me imaginé que el abrazo que nos dimos ese día sería una despedida. Recibí con una profunda tristeza la noticia de su fallecimiento, pude llorar por su partida con el sentimiento profundo de quién pierde a una mentora, a una amiga. Este mes de abril inicié una nueva etapa en mi carrera como investigadora del CIESAS, y pienso desde ese día en el gran compromiso que siento de corresponder y agradecer también a Lucía, aunque ya no esté aquí, por enseñarme y acompañarme en este camino.

l.julietasierra@ciesas.edu.mx [↑](#)

Recuerdos de Lucía Bazán

Fernando I. Salmerón Castro^{III}

CIESAS Ciudad de México



Lucía Bazán. Archivo CIESAS.

Quiero comenzar recordando que a Lucía Bazán la conocí por sus textos antes que personalmente. Mi primer acercamiento a Lucía provino del texto que formó parte del Programa de Antropología Política del CIS-INAH escrito en colaboración con Patricia Arias y publicado por Editorial Nueva Imagen en 1979: *Demandas y conflicto. El poder político en un pueblo de Morelos*. En 1980, en la preparación de un texto de revisión documental sobre el caciquismo en México, ese texto me permitió ilustrar de qué manera la construcción de una red extensa de relaciones políticas sin mediadores únicos impedía la centralización del poder político y la formación de cacicazgos. La calidad y el detalle de la información proporcionada en el análisis de los procesos políticos de Tetela del Volcán hizo posible la elaboración de un diagrama que ilustrara esto gráficamente en un texto mío que apareció en 1984 en la Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. Lamentablemente, en ese momento no me acerqué al CIS-INAH, me quedé únicamente con mis lecturas.

Durante mis estudios de maestría en El Colegio de Michoacán, tuve la suerte de recibir la asesoría de Jaime Espín, quien había participado en proyectos del CIS-INAH en los Altos de Jalisco y la Comarca Lagunera. Allí escuché, de nuevo, el nombre de Lucía, asociado a quienes formaban parte de esos equipos de investigación, pero no tuve oportunidad de conocerla.

Conocí personalmente a Lucía cuando me trasladé de Xalapa a la ciudad de México en 1997 y coincidimos en varios espacios tanto de trabajo como de vida familiar. Cuando me integré al CIESAS de Tlalpan se había iniciado un proceso de reorganización de las áreas y me sumé a la que en ese momento se llamó el “Área D”, donde se encontraba también Lucía. En mis recuerdos de las discusiones sobre la formación y los propósitos de la nueva área, las lecturas que compartimos y el seminario que inició entonces, sus contribuciones, su precisión y su agudeza están muy presentes. Era este también un periodo de crecimiento de los hijos en edad escolar, y los de Lucía y Víctor iban a la misma escuela que los nuestros. En los espacios escolares tuvimos oportunidad de convivir y conocernos más de cerca. Esta cercanía se cimentó con la participación de ambos en el equipo formado por Rafael Loyola en el CIESAS. Además de una gran cantidad de reuniones de trabajo para impulsar los cambios que buscaba, como la conducción de los programas de maestría y doctorado que Lucía recibió la encomienda de ayuntar, las reuniones informales que las acompañaron representaron múltiples oportunidades de conversar, discutir, acordar y convivir. Estos convivios se prolongaron cuando ya no ocupábamos puestos de dirección y fueron grandes oportunidades de disfrutar una gran amistad.

Al recordar estos momentos me pregunté si habríamos intercambiado mensajes por correo electrónico, para darme que cuenta de que los sistemas electrónicos son poco fiables porque uno no tiene el cuidado de guardar y ordenar los mensajes. Estos muchas veces son instrumentales y los corresponsales con frecuencia nos sometemos a la brevedad asociada a la facilidad y la velocidad del instrumento. Las direcciones electrónicas de origen agregan a este desorden. Con todo, en la revisión de los mensajes que el Gmail y los servidores del CIESAS guardaron en alguna de sus nubes pueden encontrarse momentos y reflexiones compartidas. En el caso que me ocupa, encontré saludos y felicitaciones, entreveradas con buenos deseos para la recuperación de enfermedades y padecimientos.

A principios de 2007, el área D pasaba por un periodo de poca actividad colegiada y falta de interés en los asuntos colectivos. Entre enero y febrero un pequeño grupo planteó la necesidad de recuperar su actividad y fortalecer sus funciones. En ese grupo estuvo, con mucha fuerza, Lucía, lo que llevó a que resultara electa como representante del área ante el CTC el 20 de febrero de ese año. Entre sus primeras funciones estuvo participar en la discusión promovida por otras dos áreas de la ciudad de México para hacer frente a los recortes presupuestales y los cambios normativos impulsados por las autoridades del CONACYT al inicio del gobierno de Calderón. El reporte que hizo Lucía de una de las reuniones es clarísimo al respecto:

La discusión inició planteando el desconocimiento del origen de los recortes presupuestales y la posibilidad o no —y el interés o no— de rastrear esta información. Frente a ello, se planteó también la alternativa de hacer propuestas hacia el futuro, sin descartar la necesidad de pedir información no sólo sobre los orígenes de los recortes, sino del uso y la racionalidad con que el presupuesto se ejerce en la institución. En ello no hubo desacuerdo. El problema se planteó en términos de “¿en qué queremos incidir? y ¿cómo queremos hacerlo?”

En este contexto de “río revuelto” no había un grupo sólido de apoyo para Lucía, quien debía actuar rápidamente frente a los cambios y las nuevas condiciones de inicio de sexenio. Para preparar su participación en el CTC programado para el 7 de mayo, al que no podría asistir por tener compromisos previos, preparó una carta a nombre del área D. Las demandas, claras, enfáticas y bien razonadas que allí plantea me la recuerdan de viva voz:

De acuerdo con el reglamento del Consejo, las 4 reuniones ordinarias del CTC de cada año deberían programarse a principios del mismo. Solicito que, en cumplimiento del reglamento, se acuerden y programen al menos las dos restantes de este año. Ello, permitirá, sin duda, ajustar con tiempo las agendas individuales y asegurará la participación regular de todos los integrantes del CTC en las sesiones del mismo.

Igualmente, solicito el acceso al orden del día y a la documentación pertinente para cada reunión, con el tiempo suficiente para que ésta pueda ser revisada por los consejeros y discutida con los integrantes del área o unidad regional que nos confiaron la responsabilidad de integrar dicho Consejo. Así evitaríamos desinformación y desajustes entre las opiniones de los consejeros y el conocimiento y la aportación que muchos de los colegas puedan hacer a las propuestas presentadas en áreas de su atingencia.

En el área D hemos marcado con frecuencia la necesidad de conocer, opinar y hacer propuestas en torno a cuestiones específicas de la política académica institucional. Ejemplo de ello fue nuestra reiterada preocupación frente al criterio SNI como rector de la política académica institucional. De ello también me permití hablar ante el CEE. Pero el área siempre iba un paso atrás, porque se nos informaba de decisiones tomadas sobre las cuales no podíamos incidir. Quisiéramos que esa dinámica se revirtiera.

De igual manera, nos preocupan algunas decisiones que se han tomado en comités específicos encargados de aspectos de la vida académica institucional. Por ejemplo, se supo que se modificó el plan de estudios de la maestría en antropología social y, los colegas que participan en docencia no lo supieron ni siquiera por vía directa, sino por «informaciones de pasillo». Estas modificaciones a planes, reglamentos, etc. no se socializan ni se hacen del conocimiento de los investigadores en general. En nuestra línea solicitamos

que todos los acuerdos tomados en comisiones o comités académicos —o incluso administrativos— que interesen de alguna manera la vida académica institucional, se suban, oportunamente, a la página web, como parte de la información institucional interna.

Tampoco sabemos oficialmente los resultados del CEE, de la Junta de Gobierno. Si los documentos oficiales requieren discrecionalidad, sí pedimos información adecuada y oportuna en la página citada. Nos preocupan los temas de visibilidad, difusión, proyectos “estratégicos” y proyectos para atraer recursos externos, ¿cómo se establece y se jerarquiza la política institucional en torno a estos temas que ahora parecen alcanzar cada vez más prioridad en los criterios de CONACYT? ¿qué significan las “disciplinas afines” en la conformación de la planta de investigadores del CIESAS, en la currícula de los programas de posgrado en antropología, en el diseño de nuevos proyectos? ¿cuáles son los límites que requerimos para mantener el perfil CIESAS y no perdernos en una especie de «cajón de sastre de la investigación social»?

Estos son algunas de las inquietudes manifestadas en diversas ocasiones por integrantes del área D, que queremos sean tomadas en cuenta para diseñar las agendas de las futuras reuniones del Consejo.

El segundo semestre de ese año pedí licencia en el CIESAS para trabajar en la Secretaría de Educación Pública. Ya no seguí las discusiones de esos años y tampoco participé en las comunicaciones del área D. Sin embargo, continué recibiendo los mensajes del CIESAS y de Lucía. En 2012, ya como directora de la Unidad del (entonces) Distrito Federal, participó de nuevo en una reunión del Comité Externo de Evaluación que se reunió en Mérida los días 23 y 24 de marzo. En “radiopasillo” se reprodujo su informe a la comunidad, del que destaco el siguiente párrafo:

... Expuse brevemente mi visión de quienes somos en el DF y de la historia de esta sede que no tiene mucho que ver con el resto de las unidades regionales del CIESAS y de la imposibilidad de considerar esta sede como una «unidad regional». Se comentó el carácter de «centro» o «no centro» de esta sede y su carácter nacional. Hablé de las interferencias entre dirección general y unidad DF y de los problemas que estas interferencias (con las que convivimos desde que nacimos) presentan cuando se quiere planificar la vida de la unidad, en términos de recursos materiales, espacios, recursos humanos, etc. Honestamente, no sé si esta intervención vaya a tener alguna consecuencia.

De nuevo, Lucía en todo su esplendor: cuidadosa, atenta a los acontecimientos, crítica de lo que se hacía y siempre con una breve señal de pesimismo.

En este mismo 2012, en alguna de las comidas que celebramos y en su papel de directora de la Unidad, me dijo que había pasado mucho tiempo en la SEP, que no había utilizado mi cubículo y que se requería porque había grandes presiones sobre el espacio. Confieso que no le di mucha importancia a su solicitud en ese momento y que me preocupaba que el tiempo requerido para vaciarlo excedía el que podía destinarle. Durante el año, me escribió varias veces y ofreció que sacarían todo del cubículo: “¿Qué hacemos con tus cosas?”, reiteró y ofreció ponerlas a buen resguardo en la oficina de la dirección. Pasó todo un año, pero en febrero de 2013 me lanzó con todo y chivas: unas 20 cajas de libros, documentos, notas y papeles que, empacados a toda prisa, fueron a dar a una bodega en mi oficina de la SEP. El haberla ignorado durante tanto tiempo y el hecho de que, finalmente me hubiera quitado el cubículo, fueron tema de bromas y diversión durante muchos años después.

En 2019, cuando fui nombrado director general del CIESAS, tuvimos de nuevo conversaciones en relación con el proceso. Para el nombramiento de la persona que podría ocupar la dirección académica me tardé mucho. Debo confesar que Lucía no fue mi primera opción, en gran medida porque no pensé que le interesara y no se me ocurrió preguntarle. Cuando Antonio Escobar me sugirió que lo hiciera, me pareció gran idea y ella respondió con mucho entusiasmo. Fue un nombramiento lleno de dificultades debido a las condiciones impuestas por el decreto presidencial de austeridad y reducción de puestos directivos en los Centros Públicos de Investigación. Nos impusieron el cierre de una de las tres direcciones con las que contaba el CIESAS y la única que permitía contar con una persona a cargo sin que esas funciones tuvieran que ser absorbidas por otra área era la dirección académica. La directora académica podía tener el nombramiento y obtener una remuneración complementaria sin perder su plaza de investigadora. Parecía la mejor opción y así se hizo. Ciertamente no fue una buena decisión debido a la cantidad de funciones burocráticas que se limitaban debido a que no existía la figura administrativa formal de la dirección académica. No obstante, Lucía desempeñó las tareas de la dirección académica de manera ejemplar durante los años que la ocupó, como ha sido reconocido por el propio Carlos Macías y sus colegas del equipo de la dirección general.

La pandemia del COVID-19 y las medidas adoptadas para hacerle frente impidieron que los pocos meses que colaboramos en las tareas de dirección tuvieran muchos encuentros. De nuevo, el correo muestra que, en muy breves comunicaciones, conversamos sobre un libro publicado en Italia que registraba la experiencia temprana del COVID en ese país. Ante mi sugerencia de que en el CIESAS podríamos hacer algo parecido para el caso de México, ella respondió con entusiasmo y animó los trabajos desde la Dirección Académica. En ese mismo tono conversamos, telegráficamente, pero con mucha claridad de su parte, sobre las salidas al campo en condiciones de pandemia, propuestas de convenios de colaboración académica con

otras instituciones, las resoluciones del Comité Editorial, entre otros pendientes del trabajo de esa área. En todos los casos, su lectura de las propuestas y los propósitos fue siempre cuidadosa y atenta a los detalles. Con gran perspicacia podía ver si algo no cuadraba bien o si había detalles poco explorados que podrían presentar complicaciones.

Cuando me comuniqué telefónicamente con el equipo de la dirección general para anunciarles que la directora del CONACYT había solicitado mi renuncia, el hecho causó desconcierto y hubo discusión al respecto. Nadie como Lucía se opuso a que aceptara ese mandato y, sin importar mis argumentos, fue una decisión que nunca consideró adecuada.

En los años siguientes, entre la pandemia y la enfermedad de Lucía, poco nos vimos. Nuestros mensajes por correo y por teléfono fueron breves y esporádicos para tratar de concretar una comida que no pudo llevarse a cabo. La única excepción fue la presentación que hicimos de la “Propuesta de diagnóstico participativo para la erradicación del racismo en CIESAS” en julio de 2023. En esta reunión, Lucía respaldó con fuerza el proyecto y nos animó con observaciones detalladas.

Mi siguiente y último encuentro con Lucía fue en la ceremonia de celebración de los 50 años del CIESAS. A pesar de las dificultades de salud por las que atravesaba, no perdía el entusiasmo, el buen humor y esa agudeza crítica que incorporaba en cada comentario y observación. Siempre recordaré su mensaje y sus palabras.

1. Correo electrónico: salmeron@ciesas.edu.mx ↑

Mis recuerdos sobre Lucía Bazán

María Guadalupe Serna^{III}

Instituto Mora



Lucía Bazán. *Archivo CIESAS.*

Conocí a Lucía Bazán hace casi tres décadas cuando por razones de trabajo nos trasladamos, procedentes de Xalapa, Ver., a vivir a la ahora Ciudad de México, donde finalmente nos establecimos. Fernando, mi esposo, llegó a la Sede de la Ciudad de México para colaborar con Rafael Loyola, entonces Director General del CIESAS. Lucía y Fernando estaban en la misma área y como colegas, supongo que con preocupaciones similares, establecieron pronto amistad. Yo empecé a conocerla, además de por ser colega de mi esposo, porque nuestros hijos, aunque aún pequeños, y los de Lucía y Víctor asistían al mismo colegio, así que nuestra amistad surgió en ese contexto. Por una parte, con Fernando compartía área, intereses y preocupaciones; por mi parte, la fui conociendo poco a poco y descubriendo intereses comunes. Como vecinas cercanas y mujeres profesionales, compartíamos similitudes en el ciclo de nuestras unidades domésticas e intereses en la investigación, lo que también generó cercanía.

Como comenté Fernando había llegado al CIESAS a colaborar con el equipo de Rafael Loyola. En algunas ocasiones, por lo general algún fin de semana, teníamos ocasión de reunirnos en casa, para departir y conversar. Como a mí me gusta cocinar, no me representaba problema

invitarles a cenar, y en varias ocasiones se sumaron a estas reuniones Víctor y Lucía. Yo creo que fue en ese contexto que empecé a conversar con ella y a conocerla. Compartíamos el hecho de que ambas éramos de provincia. Adicionalmente proveníamos de regiones con cierta similitud, donde uno se ve poco, pero cuando lo hace siempre la pasa de lo mejor. Donde uno se siente cercana a sus amigas, aunque se vean una o dos veces al año. Lo que, ahora que reflexiono supongo, encontrábamos muy familiar y nos ofrecía sentir esa familiaridad regional.

Nuestra vida era relativamente parecida, en el sentido de que ambas nos encontrábamos en el mismo ciclo doméstico, donde había que correr sistemáticamente, desde muy temprano, a lo largo del día y todos los días de la semana. Todo ello con el objetivo de desarrollar nuestras actividades como mujeres profesionales y como corresponsables en nuestras respectivas unidades domésticas, lo que entonces observábamos como momentos difíciles pero transitorios. De alguna manera, todo aquello relacionado con el ciclo de vida de la unidad doméstica parece que lo tomamos, nosotras, como algo que transcurría y se cerraba. Por lo que creo que, por lo regular, siempre fueron nuestras perspectivas profesionales las que prevalecieron por encima de la cotidianidad del ciclo doméstico. La alta demanda de tiempo y atención concluiría una vez completado el objetivo, como efectivamente sucedió.

Todo esto permitió que fuéramos forjando también una amistad, ya que con el tiempo empezamos a conversar sobre nuestras perspectivas y coincidencias, especialmente sobre la forma de percibir lo que sucedía en nuestro país, al igual que en la ahora Ciudad de México. Ambas veníamos de regiones con una tradición muy arraigada respecto de formas de ser y actuar, especialmente la de ser muy directas con las personas y claras respecto de lo que se quiere decir. Esto ciertamente no fue ni ha resultado sencillo en esta ciudad, pero uno se acostumbra. La visión defienda ha sido sistemáticamente distinta a la regional y aparentemente así será por un largo tiempo, como podemos observar en el presente.

Creo que disfrutábamos nuestras coincidencias, al menos yo lo hacía, pero eso no se pregunta, seguramente así era. Lo que sí tengo claro es que cuando nos reuníamos los cuatro las conversaciones se alargaban indefinidamente, hablando y comentando los temas más diversos. Así fue transcurriendo el tiempo y con él los cambios, si bien nuestra amistad continuó. Aquellos tiempos fueron de arduo trabajo, al igual que de intercambios, discusiones y preocupaciones sobre el futuro, todo ello etapas de nuestro ciclo de vida.

También fueron tiempos de aprendizajes al vernos beneficiados por las distintas perspectivas que los amigos que se fueron integrando tenían, lo que nos permitía aprender de unos y otros, por lo menos en mi caso. Por más de una década nuestra amistad continuó así, ambas sabíamos lo que profesionalmente hacíamos y los temas que nos preocupaban, conversábamos al respecto e intercambiábamos puntos de vista, cada una desde la institución

donde laboraba. Profesionalmente nuestras carreras transcurrieron por rutas muy distintas, y similares en algunos momentos, ya que ambas estuvimos a cargo de distintas posiciones en nuestras instituciones.

Para 2011 fui invitada a colaborar en un proyecto solicitado al CIESAS, por el entonces CONACYT, en una investigación que tuvo a su cargo Lucía. Se trataba de un estudio cuyo objetivo era conocer el alcance que tenía la política pública instrumentada en nuestro país para fomentar la formación de recursos humanos de nivel posgrado, a saber, maestría, doctorado y posdoctorado; las repercusiones que ésta tenía en la sociedad, al igual que en los sectores productivos del país, ya que se consideraba su relevancia, la excelencia académica de los programas, y su contribución a la equidad socioeconómica, puesto que se trataba de una política que consideraba cuestiones de género y de descentralización.

No fue fácil llevar a cabo esa investigación ya que combinó, por una parte, el levantamiento de una encuesta a nivel nacional, para lo cual se articuló el país en tantas regiones, lo que nos permitió desarrollar un análisis cuantitativo con indicadores básicos, que dio cuenta de la situación del posgrado y de sus estudiantes en la primera década del siglo XXI, y por otra, un estudio cualitativo donde se entrevistó a estudiantes de posgrado de las regiones en las que se estructuró el país, lo que permitió conocer detalladamente el perfil de las y los estudiantes de posgrado, el significado que para ellos tuvo el contar con una beca y las oportunidades que esto les había abierto. Una investigación, sin duda importante, que contribuyó a destacar la relevancia que tenía contar con un apoyo económico para calificarse y con ello lograr mejores empleos y mayores oportunidades. Lucía fue una coordinadora y guía amable, directa y eficiente. Sobre todo, muy clara acerca de lo que debíamos analizar. Formó un equipo grande y bien ordenado y distribuido en secciones específicas a lo largo del país. Para mí fue una agradable experiencia conocer las trayectorias de las y los estudiantes de posgrado, sus preocupaciones y sus perspectivas de futuro. Lucía formó un equipo que encontré siempre bien coordinado, estructurado, y organizado para cerrar y concluir en tiempo. Esa fue la única vez que trabajamos como colegas.

Los siguientes años seguimos viéndonos y conversando e intercambiando puntos de vista y preocupaciones. Sin embargo, los últimos tiempos, concretamente a raíz de la pandemia de COVID-19, las relaciones se volvieron más distantes, no fue sin duda un buen periodo, para nadie. Siempre que nos encontrábamos insistíamos en que debíamos vernos, sin concretar, lo que ahora que lo escribo me entristece. El último año, ahora lo que lo reflexiono, la vi muy poco.

No obstante, siempre recordaré con gusto a aquella Lucía emprendedora, activa y preocupada por la educación de las y los jóvenes de este país. Te extrañaré Lucía, pero siempre te recordaré con mucho gusto.

1. gserna@institutomora.edu.mx ↑

Lucía Bazán: tiempos de gestión

Carlos Macías^{III}

CIESAS Peninsular



En Unidad Regional Noreste (Monterrey). *Archivo institucional CIESAS.*

Han pasado 52 años desde que el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH), abrió sus puertas en el sur de la Ciudad de México. Las calles y aceras estrechas de Tlalpan —desde la calzada del mismo nombre hasta la salida a El Calvario; y desde San Fernando hasta el callejón San Marcos—, atesoran sucesivas etapas de un pasado que reúne casi cinco siglos.

La etapa más reciente de Tlalpan, el último medio siglo, vio nacer, crecer y arraigarse una institución académica expansiva (con cinco inmuebles distribuidos) que, de modo simultáneo, fue replicando vasos comunicantes perdurables hacia seis entidades federales, con base en esfuerzos múltiples. A diferencia de siglos anteriores, en esta última etapa no se trató del claustro de alguna institución eclesiástica, como dictó alguna vez la tradición tlalpense.

El crecimiento horizontal del CIESAS, hoy con escala multiregional, no sólo puede explicarse a partir de las iniciativas, talentos y sacrificios de sus impulsores. Se explica particularmente con base en la probada *pertinencia* de sus programas: por atender el abanico omnipresente de necesidades educativas y sociales del país y de sus fronteras, susceptibles de ser abordadas

desde la investigación comprometida (antropología, lingüística indoamericana, etnohistoria, historia y campos de conocimiento afines), la formación de especialistas y el consecuente despliegue difusor y divulgador con propósitos —diríase hoy— de incidencia, mismas que han definido a nuestro Centro desde su creación.

Por su historia, por su estabilidad interna, por el compromiso de su comunidad, por la cobertura multidisciplinaria, por el acompañamiento de procesos regionales, y, en una palabra, por su *pertinencia*, a 52 años de su creación, el CIESAS puede serpreciado —permítasenos el ánimo celebratorio— como un *Centro Público de culto*, dentro del Sistema Nacional de Centros Públicos (SNCP).

En la primera ola

En ocasión del número dedicado por esta publicación a nuestra querida colega, la Dra. Lucía Bazán Levy, agradecemos la invitación que nos extendió la Dra. Margarita Estrada para colaborar en la colección valiosa de estampas extraídas de la trayectoria dilatada de nuestra ex Directora Académica. La presencia de Lucía en el Centro nos remite al primer día en que asistió para colaborar en un proyecto, justo la mañana del jueves 1 de noviembre de 1973, día de todos los santos, en el marco de aquella fase fundacional del CIS-INAH, que se enderezó hacia la *formación de personal en investigación* en las vertientes novedosas de la antropología.

Otros autores rememorarán probablemente las actividades de Lucía durante las primeras dos décadas, entre las cuales destacó, por fecunda, aquella experiencia conjunta transcurrida en campo (1978-1979) para conocer de cerca la condición de los trabajadores del calzado de León, Guanajuato, en tiempos de despliegue del sindicalismo independiente en México, un proyecto que se desarrolló al lado de Margarita Estrada, Raúl Nieto, Sergio Sánchez y Minerva Villanueva.

Como fruto del aprendizaje y proceso de maduración de esa experiencia se publicó, entre otros resultados, aquel libro colectivo ilustrado con la figura de una bota antigua, muy probablemente del siglo XIX, publicado bajo el sello de la Casa Chata, con el título *La situación de los obreros del calzado en León. Guanajuato*.

Esa línea de interés la llevó a revisar la ruta que recién abría el libro de Larissa Lomnitz, al actualizar la noción de marginalidad dentro de las ciencias sociales, en la edición de Siglo XXI, aparecida en 1975 bajo el título *Cómo sobreviven los marginados*. Para Lucía y para la mayoría de los estudiosos de los espacios obreros y fabriles en las ciudades, durante las décadas de 1970 y 1980, resultaba insoslayable también la incorporación de la sociología francesa, en lo que podemos definir como el proceso de robustecimiento de los estudios urbanos. Como señaló

Lucía, habría que reconocer que dentro del CIESAS permanecían atentas también a esa discusión al menos Luisa Gabayet, Mercedes González de la Rocha, Cecilia Sheridan y Margarita Estrada.

El resultado de aquel interés renovado de Lucía se tradujo en la obra *Vivienda para los obreros. Reproducción de clase y condiciones urbanas*, que presentó en la colección Miguel Othón de Mendizábal, de la Casa Chata, en 1991. Al revisarlo, apreciamos que se trató de un estudio enfocado en la entonces delegación Azcapotzalco, justo en el espacio habitacional que el Infonavit erigió en la antigua hacienda El Rosario, que tendía a ser populoso y se había edificado entre 1972 y 1976.

Imposible eludir —imaginamos— la huellas decisivas que habían dejado las décadas de 1940 a 1960, porque precipitaron en México un proceso intenso de urbanización, que vio crecer de modo notable la zona metropolitana a lo ancho y a lo largo del valle de Anáhuac. Atrás quedaron, ante la nueva capa de asfalto, los afluentes menguantes de fundamento prehispánico; mientras se entubaba lo que quedaba del canal de La Viga (1949), los ríos Consulado (1942), la Piedad (1950), Becerra y Mixcoac (1960), desaparecía también de la escena el prolongado río Churubusco, casi al mismo tiempo en que llegaban los grandes televisores en blanco y negro a los hogares metropolitanos.

Tal transformación urbana mayor, incluso, fue dotada de sus primeras líneas de transporte subterráneo —con la perforación de túneles donde antes hubo cuerpos de agua—, para ataviar al Distrito de la Federación con trazas de cosmopolitismo y lucimiento ante la secuencia festiva que representó una Olimpiada y un Mundial de fútbol.

El hecho a resaltar en esta rememoración fue que, para la mayoría de las personas, esa realidad urbana difícilmente solía acompañarse de un proceso razonado y, mucho menos, articulado. Emergió más bien como efecto de la experiencia sensible en las personas inmigrantes en la metrópoli entre 1950 y 1970, ya fuera como gente procedente del interior de la República (el caso de Lucía) o como nacidos acá en primera generación (nuestro caso). Y en ese carácter, algunos nos asomamos hacia las múltiples aristas que acompañaban al auge urbano y —desde luego— suburbano. Lucía, oriunda de Colima y avecindada en la ciudad de México, de modo temprano, abordó esas transformaciones desde la investigación social, habilitada con las herramientas que por entonces ofrecía la antropología.

Entendemos que el balance conceptual maduro que se desprendió de aquel itinerario personal y del contraste con diversos autores que abordaron problemas asociados, Lucía lo compendió —entre otras publicaciones— en el capítulo dedicado a revisar la relación entre

familia y trabajo en la antropología: el libro colectivo titulado *La urdimbre doméstica. Textos en torno a la familia* (CIESAS, 2019), que escribió al lado de Margarita Estrada y Georgina Rojas.

A finales de la década de 1990, Lucía había insistido en el papel central de las relaciones familiares como recurso frente a las recurrentes crisis económicas en México (ponencia en LASA 1998, *Trabajo, familia y comunidad*); y en tal sentido, había escrito con Margarita Estrada el oportuno artículo “Los errores de diciembre y los aciertos familiares”.

Como si se tratase de un cierre propicio, previo al arribo de la pandemia de COVID-19, en *La urdimbre doméstica* Lucía recupera la línea que antes había iniciado con las transiciones de la familia campesina, como base para caracterizar mejor el empleo industrial, sus implicaciones y, por tanto, la dinámica que acompaña a la familia obrera urbana, habilitada por un conjunto de recursos dirigidos a la reproducción, la sobrevivencia y, de ser posible, al crecimiento.

En esa caracterización, la reseña de la obra que realiza Patricia Arias —conocedora del trabajo de Lucía desde la década de 1970—, opta por destacar como conclusión la idea de que “los impactos del desempleo masculino [estaban siendo] enfrentados de manera diferente por hombres y mujeres y se [estaban plasmando] en usos cambiantes de los espacios domésticos, arreglos laborales y comunitarios que han dado lugar a nuevas configuraciones y tensiones ante escenarios cargados de incertidumbre”.

El lustro reciente

Por lo que a nosotros corresponde, queremos referirnos en especial al lustro más reciente, un periodo afortunado en el que tuvimos la oportunidad de compartir responsabilidades de gestión del Centro con Lucía. Contaba con la experiencia de la coordinación de un posgrado y de la responsabilidad directiva en la Unidad Ciudad de México.

Al asumir la Dirección Académica, en 2019, Lucía había activado desde el Consejo Técnico Consultivo (CTC) la reflexión dentro del Sistema Nacional CIESAS acerca de la necesidad de revisar y reagrupar las Líneas de Investigación (casi 20 por entonces), para *compactarlas* —si se nos permite el término—, mediante la identificación de nuevas afinidades inter-Sede.

Para ello, el CTC conformó una comisión, según recordamos, en la que participaron de manera propositiva Efrén Sandoval y José Luis Escalona, con la colaboración decisiva de Ludka de Gortari, entonces directora regional en la Ciudad México, quien en el 2018 había organizado diversos encuentros con responsables de instituciones públicas, para explorar nuevas formas de colaboración en beneficio de los proyectos y programas.

Al asumir el suscrito la Dirección General, el 27 de octubre de 2020, en la parte alta de la pandemia, los trabajos habían concluido, pues la revisión de las Líneas de Investigación daba cuenta del reagrupamiento: en un primer momento (febrero de 2020), la lista de Líneas se redujo a ocho, pero ésta se consolidó hasta quedar en 12 (abril de 2020), además de una categoría que se definió como “otras”. Quedaron 13 en total, mismas que desde entonces muestra el sitio web. Lucía expuso la convicción de que es a partir de la mejor integración de las Líneas, más allá de las líneas de especialización de los posgrados, donde se puede procurar con eficacia un mejor funcionamiento del Sistema Nacional CIESAS.

Sostenemos que todas las instituciones públicas, particularmente las abocadas al fomento de la ciencia y la tecnología, atraviesan de modo sucesivo por periodos de innovación/expansión y, por contraste, de consolidación/contención. Contra lo que pudiera pensarse, es el segundo tipo de periodos el que exige de un mayor escrúpulo en la planificación, atención, seguimiento y revisión puntual de resultados, encaminados a garantizar la optimización de los recursos limitados y a ensanchar las oportunidades que se propician y/o se presentan.

Hubo una coincidencia central con Lucía, al encabezar la Dirección Académica, en el sentido de repensar la responsabilidad directiva, en particular para promover nuevas colaboraciones inter-Sede en proyectos de investigación. Por lo regular, se piensa que sólo corresponde a las personas investigadoras asumir la iniciativa para proponer nuevos grupos de trabajo y proyectos conjuntos. Convenimos, entre responsables directivos, en que existía un espacio de gestión susceptible de mejorarse, destinado a proponer e inducir dicha colaboración, ya fuera mediante el boletín creado por la Dirección de Vinculación en 2021, o mediante mecanismos múltiples de comunicación y retroalimentación.

Estaba ahí, difusa, la convicción de que requeríamos introducir acciones que tendieran a incentivar la mayor participación del personal de investigación en la vida académica del CIESAS, inquietud que recogió con puntualidad la directora regional de la Ciudad de México, Georgina Rojas, al abrir las sesiones calendarizadas del café e impulsar —al lado de Margarita Estrada— el boletín *Este Mes*, mismo que de manera ágil recogiera el conjunto dinámico mensual de actividades y eventos de la Sede.

Hoy podemos decir que —con el concurso activo del personal de investigación— el CIESAS ha logrado ocupar en el periodo 2023-2024 la sexta posición a nivel nacional en número de proyectos Pronace (18: detrás de la UNAM, la UdeG, la UAM, el IPN y el ECOSUR) y a ocupar en el mismo periodo la cuarta posición nacional por monto de recursos autorizados (77 millones de pesos, detrás de la UNAM, el IPN y la Fundación IMSS). Este 2025 nos han autorizado más de

una veintena de proyectos en las diversas convocatorias de la SECIHTI, y ahora el reto mayor del Centro es ofrecer las mejores condiciones para ejercer la adecuada administración de éstos en la modalidad bienal.

Cuando se comparten propósitos en pro de la mejora de la gestión de una institución académica, uno puede intentar abrir caminos que la labor de investigación no suele sugerirle. No es de extrañar que a Lucía le costara trabajo lidiar con los formatos preelaborados del programa institucional, basado en la metodología del marco lógico y el árbol de problemas, que disponen el planteamiento de objetivos, estrategias y acciones puntuales, para trabajar en los informes sucesivos con los indicadores derivados. Pero el hecho fue que el CIESAS resultó ser el segundo Centro en publicar su programa institucional en el *Diario Oficial de la Federación* (14 de junio, 2022).

Lucía poseía el temperamento y la experiencia para presentarse airoso en la *visita de las siete casas* —tomamos su frase—, y permanecer en asiento al menos cinco horas en cada Pleno, para escuchar con paciencia los avances en proyectos y en programas de posgrado, durante la temporada otoñal de cada año. Con progresiva delgadez, con un equipaje que se resistía a soltar en los aeropuertos, como completando una misión en el CIESAS, Lucía recorrió con entusiasmo entre 2022 y 2023 cada una de las unidades; le gustaba estar ahí, para acercarse a los plenos, para poder compartir su visión sobre la agenda académica.

Según mi impresión, Lucía disfrutaba especialmente los viajes a Guadalajara y a Xalapa. A la primera ciudad, probablemente porque se sentía a sus anchas, en terreno filial, con todo lo que ello representa de familiaridad y conocimiento cercano de colimota. Nadie como ella para explicar cómo se preparan las pacholas, ni para compartir la historia de la radiofonía en Colima. Ella disfrutaba también especialmente los viajes a Xalapa, aunque en este caso no sabría precisar por qué. Y aquí aventuro: quizá porque debíamos viajar en carretera, lo cual permitía conversaciones entretenidas. De la obligada parada en *Italian Coffee*, casi al llegar a Puebla, no nos deteníamos sino hasta llegar a Xalapa. Y eso permitía que Francisco Fernández de Castro, nuestra Claudia González, Lucía y yo, conversáramos y compartiéramos gustos musicales. Por alguna razón generacional, Lucía y yo casi siempre coincidíamos.

Un flanco nada académico del intercambio conversacional con Lucía, pero esencial, se relacionó con temas de salud. Pienso que nuestras conversaciones arribaron a reflexiones que caben perfectamente en cualquier experiencia humana que busque comprender la esencia de la vida. Como fruto de tales charlas, por ejemplo, podríamos asegurar categóricamente que el síndrome de intestino irritable no tiene que ver con el intestino, y mucho menos sólo con el

colon. Que hay una relación recíproca que incluye centralmente al cerebro, y que la forma en que éste se relaciona con el aparato digestivo es decisiva para el bienestar integral de las personas.

Lejos pretender arrogarnos el descubrimiento del hilo negro, razonábamos que —en males digestivos— la culpa no la tienen las bacterias buenas que se dejan colonizar por las bacterias malas, y que ni siquiera la culpa la tenía el trigo con su gluten, que por su capacidad meteórica para la fermentación, afecta las paredes y la mucosa intestinal, creando un caos y una erosión maligna. El culpable, en todo caso, suele ser el incontrolable cortisol, que hace de la suyas en todo el sistema, hasta el punto de meterle problemas incluso a la serotonina, que tiene que ir y venir al cerebro, desde la glándula suprarrenal, es decir, desde los riñones. Y que para tratar de poner en orden todo, por ejemplo, ese neurotransmisor (la serotonina) —nos decíamos— esas hormonas (el cortisol y la melatonina) y esos aminoácidos, habría que adoptar la dieta FODMAP de la Universidad de Monash en Australia, que mete en cintura a los alimentos conocidos como fermentables, oligosacáridos y polioles. Era demasiado. Con el entender desde las ciencias sociales, Lucía y yo aterrizamos al final en la conclusión básica de que —en las lides del trabajo académico cotidiano— lo importante radicaba en esforzarse cada día por estar bien y, en lo posible, por tratar de permanecer así.

Deben creernos que las habilidades de Lucía, en cualquier conversación, incluían la anticipación: solía adivinar o leer con los labios la palabra esperada, antes de ser pronunciada por su interlocutor. Podría pensarse que era un ejercicio para la agilidad mental, pero más bien creemos que lo hacía por empatía, al pronunciarlo con gracia. Por ello, a veces con discreción, a veces no, solía pronunciar con énfasis anticipado la terminación de las expresiones a escuchar. Fuera por conversación, o por ideas, era evidente que ella había recorrido antes —varias veces—, argumentos o propuestas similares a las que escuchaba.

1. macias@ciesas.edu.mx ↑